

# Cuentos Infantiles Andinos

Oswaldo Rivera



**CUENTOS**

**INFANTILES**

**ANDINOS**

**OSWALDO RIVERA**

**QUITO-ECUADOR**  
**1992**

**OSWALDO RIVERA**  
**1992**  
**Editorial "IADAP"**  
**Colecciónz Creaciones Literarias**  
**Subcolección: Cuentos**

**Director Ejecutivo**

Eugenio Cabrera Merchán

**Editor**

Víctor Manuel Guzmán

**Textos y Diseño**

Robert Erazo y Nelly Jiménez

**Ilustraciones**

Cristina Mora

Francisco Rivera

**Dibujo de la portada**

Shiram Guzmán

**Diagramación**

Wilfrido Acosta Pineda

**Impresión**

Washington Padilla,

Talleres Gráficos del IADAP  
(Diego de Atienza y Av. América)

Telfs: 553684 554908

Fax: 563096

Apartado Postal: 17-07-9184

Quito-Ecuador

## ÍNDICE

	<b>Pág</b>
Amores del Sol y la Tierra	15
La tableta de chocolate	25
Anjusejasaro y las vocales	33
La Adivinanza	45
El niño y el globo	59
Juan Jardinero	69
El gallito rojo	77
El niño que trazó caminos al andar	87
La anguila y los pecesitos	95
Pedacito de Sol	103
Sumag y las gallinas	113
Cuento infantil de navidad	121
Fabián y el Pastorcito	131
Pequitas y los pájaros	141
Muñeco de trapo	149
Luis y sus máquinas	161
La quinta de los Bazurto	173
Disco de luz	183
Alguien frente al espejo	203
Arrinconado	211
Adolescencia	219
Guangopolo y Yacu	235
El secreto del Putzalahua	245
Piedra Pómez: voz suave de la entraña terrenal	257
Trono o altar de la luna	265

**" Expresión literaria en general, escrita o no para los niños, que responden a las exigencias de la psique durante el proceso de conocer y aprender, que se ajustan al paso de su evolución mental, y con especial al de determinados poderes intelectivos.**

**(Josualdo).**

## PRESENTACIÓN

El Instituto Andino de Artes Populares del Convenio Andrés Bello presenta la obra "**Cuentos Infantiles Andinos**" de Oswaldo Rivera Villavieencio, valioso e incansable escritor que aborda la crítica literaria, el ensayo, el cuento, y explora con agilidad la cultura popular.

Incorporarse por el camino de la creación literaria al mundo de los niños es tarea delicada que permanece alerta y profundiza en el conocimiento del niño y de sus intereses. Alimentar el alma del niño, con imágenes, sonidos, o abriendo el misterio delicioso de su mundo, la fantasía-realidad, según las edades y épocas, significa captar y comprender el espíritu infantil mediante lo lúdico y otras escenas que permiten la evasión de la vida diaria del niño. Oswaldo Rivera, consigue que éste cree su propio mundo.

La obra **Cuentos Infantiles Andinos**, con personajes cotidianos es sustento vital. En este hermoso libro se generan cuentos para niños de 4

años hasta adolescentes. Prima en ello el aspecto recreativo, poético, imaginativo, objetivo, adecuados a la edad, al manejo de la lengua y a la propiedad del argumento; es decir, el deleite simple, el significado de las palabras acertadamente elegidas y combinadas para alcanzar determinados efectos de imágenes ópticas, auditivas o gustativas y un argumento breve y simple.

Abrigamos la esperanza de que esta obra **Cuentos Infantiles Andinos** por su sencillez llegue a los niños, prevalezca por su gracia y poesía acomodándose a la infancia; y, sea testimonio de esfuerzo, despierte afectividad dadas las leyendas y toques mágicos, cuya articulación y recursos literarios, formas amenas de narración y conocimiento de lugares, seres y cosas de nuestra serranía, alimenten y deleiten a los niños y adolescentes. Oswaldo Rivera nos ofrece su esfuerzo narrativo con amor para alimentar el espíritu infantil.

Con esta entrega ratificamos nuestro compromiso de cumplir con los objetivos de integración cuyo desafío enfrenta el Convenio Andrés Bello, promocionando la creación literaria desde la perspectiva de la Cultura Popular.

**Eugenio Cabrera Merchán**  
**DIRECTOR EJECUTIVO**

## PROLOGO

**P**enetrar en la imaginación del niño que le divierta, le permita dialogar con los protagonistas, rompa signos, se identifique con el mensaje, se incentive mediante letras, dibujos, otros diseños, vuele por los aires, goce desinteresadamente, escuche sonidos; todo esto significa lograr que el niño perciba con sus sentidos muchas fuentes y consiga que su imaginación se eleve por sus cuatro costados.

Para muchos críticos de literatura infantil, los cuentos encierran imágenes-sonidos y resulta difícil entregar algo plenamente logrado. Otros afirman que solo el niño podría narrar. Sin embargo, nazca el cuento infantil de chicos y grandes, lo importante es que haya diversión en el niño, que él piense, se eleve y observe una luz, una mariposa y vaya espontáneamente nutriéndose de brisa natural hasta temblar en los colores para que el pestañeo de éstos entren de hinojos en el alma de los niños.

Con múltiples variantes, el cuento infantil, se adecúa a la edad, exige especial manejo de la lengua y un argumento de gran propiedad. El éxito depende de los maestros que seleccionan las lecturas. Por tanto, el cuento supeditado a la edad, requiere del recurso de la lengua, con palabras acertadamente elegidas y combinadas, a fin de obtener efectos claros. Precisa estudiar el mundo de los niños, las acciones cotidianas, el desenvolvimiento psíquico de los niños, el poder de las frases reducidas preferentemente a lo óptico, auditivo o gustativo. Alcanzar variedades imaginativas intensas será lo palmario para que de esta manera disfrutar frente a los niños que "vean lo que están oyendo".

Recordemos que las palabras designan imágenes. signos, riquezas pictóricas y otros campos que le entregan vivencias no sólo abstractas sino algo concreto que el niño anhela. No faltarán las comparaciones, las metáforas, los diminutivos, las cifras, repeticiones, resonancias que fluirán de acuerdo con las edades.

También el argumento necesita elaborarse según la edad, desde luego no con estrictez. Se procederá considerando la afectividad del niño. En las primeras edades los maestros del cuento infantil solicitan argumentos sencillos y rápidos, con ilustraciones; y cuando avanza la edad, los argumentos un poco de complejidad, variedad en el vocabulario y títulos sugestivos que despierten interés.

Indispensable la unidad para que el cuento no se aparte del asunto central y el desenlace se afiance con lo maravilloso, lo mágico, lo sobrenatural que cautive al niño y podamos tocar la sensibilidad para que perdure en su inteligencia el afecto, se produzca deleite, vuelo imaginativo, sugerencias o lo que piden los críticos "vuelo angelical que arrebatara y el apoyo terrestre que humaniza".

Estos "CUENTOS INFANTILES ANDINOS", no podrán llenar lo que acabamos de explicar. Aspiramos a llenar alguna necesidad de literatura infantil y a enriquecer la imaginación, la fantasía, los afectos. Queremos penetrar según las edades de los

niños y lograr que se identifiquen con las escenas y los protagonistas. Si obtenemos vuelos imaginativos, enriquecimientos de frases, cualidades, tropologías que les incentiven, procuraremos convivan y alcancen la diversión imaginaria dentro de mundos nuevos y de mitos; pero, constantemente con palabras confrontadas frente a las relaciones estéticas, propendiendo en el niño, como dijera los entendidos, "encontrar expresión para las necesidades siempre crecientes de su alma". (ORV).

# Amores del Sol y la Tierra



**H**abía pasado mucho tiempo que el Hacedor Supremo, creó el mundo.

Se llegó a medir las distancias de los planetas, tomando como base el año-luz. Se conoció la Vía Láctea como montón de estrellas que tiene la forma de un disco lenticular aplastado donde se encuentra el sol, con su cortejo planetario y que todos caminan debido a los movimientos del sol.

El medio cósmico contiene sólidos voluminosos, polvos finos a través de los cuales pasa una luz roja y difunde las ondas del azul y del violeta; y, contiene los átomos y electrones libres. Sabemos que los átomos de gas cósmico son de hidrógeno.

Hace poco tiempo, en medio de este equilibrio, eran felices el Sol y la Tierra con su hijo Amanecer.

Un día la Tierra, celosa de la Luna que amaba al Sol, lloró. Pero lloró

también el Sol. Las nubes se entristecieron.

¿Sólo por amor sería el disgusto?  
¿Posiblemente los hombres de la Tierra y otros planetas mancharon el cielo? ¿Otros hombres anhelaban rasgar las pálidas raíces de la Luna? ¿El Sol también estaría celoso de la tierra? ¿Dilapidamos sus bienes sin respetarla? ¿Removemos sus cosas volviendo árido su corazón?

El Universo era soledad sepulcral. Una fuerza de color rojo pintaba los montes y volcanes de la Tierra. Sólo los mares ofrecían sus aguas para refrescar los rostros de los seres enojados. Los mares eran como perritos fieles bajo el cielo.

Las nubes tristes cuidaban la desnudez de las estrellas, entonces volvieron a llorar el Sol y la Tierra. Dos lágrimas cayeron como rosas divinas o como palmoteo del cielo en una llanura inmensa formándose los lagos Titicaca y Poopó. Todo el horizonte de la llamada Bolivia se emocionó. El río Momoré soñoliento despedía un murmullo azul sobre la región de los Yungas.

Amanecer, con una flor de luz y apretándose en cristales de

sonrisas, dijo:

- Que pasa padre por qué estamos tristes.

La flor de luz, entre confusiones de colores y reflejos hizo sonreír al Sol y a la Tierra. Los tres en medio de una sensación extraña se miraron... Montañas y valles, eran gotas que buscaban al Sol para secar los frutos.

Y habló el Sol a su hijo Amanecer:

- Mira al fondo y veréis el Tihuanaco y la Puerta del Sol. calificada en mi nombre. Por allí saldréis y habréis cuanto podáis en bien de esas regiones.

- Así se hará padre, expresó su hijo.

- Pero encontrarás sitios oscuros donde habita Supay. demonio de la noche, ser inmenso y raro que obstaculizará tu camino. Para enfrentarle, procura recoger la luz del comienzo del crepúsculo y arrójale en los ojos: solamente así continuaréis seguro por tu camino.

A partir de ese momento transcurrieron muchos días.

Amanecer se despidió de su padre. La tarde era larga, el viento refrescaba su rostro al descender. Las nubes le daban paso. Iba vestido de blanco, bajaba hasta el fondo de las sombras, no pensaba en Supay; bajaba y bajaba y al llegar a los alrededores del lago Titicaca, alguien le abrazó con carcajadas de abismos. El astuto Supay impidió que Amanecer avanzara. Mas él llevaba un poquito de luz del ocaso y abriéndose paso, puso sus pies en la cumbre llamada **Illampú**.

Su erranza por la región dejó luz. Con sus manos hizo derroche por vitalizar la tierra sustituyendo las cosas de hoy por un mundo mejor y lleno de optimismo a los seres.

Continuó por nuevos espacios. Fue difícil llegar al cerro peruano Huascarán porque ciertas corrientes extrañas originaron nieblas pesadas. Antes que llegara Supay, los vientos traídos por los ríos Chicama y Rimac, hicieron posible el ingreso al cerro Huascarán.

En su descenso se encontró con ciudades perdidas, con cóndores y águilas. Le abrazó a la Tierra que embelesada ofrecía sus excelencias

naturales a los hombres. Le ayudó a trabajar cada mañana combinando armoniosamente la luz.

Una mañana despejada abandonó esos lares y llegó al **Chimborazo** ubicado en la mitad del Mundo. De pronto las auroras se sucedieron y en ellas recibió el aroma de los Quitus y el clima vitalizó su cuerpo, cuya movilidad vital dejó suspiros en el Amazonas.

Lejos, allá en las alturas o en los valles, entre colores rojos y amarillos, sonrió al mar. En las ondas sus mejillas frescas, calmaron las tormentas. Se va... desaparece, vuelve otra vez; Supay se interpone, las montañas gritan en medio de las sombras, la luz se alza nuevamente hasta arribar a la cumbre del **Huüa**. No descuida Amanecer en teñir de rosa las aguas del Magdalena y del Cauca y observa los huesos tibios de los Chibchas.

Allí los valles le llamaban y maduraban los frutos. Amanecer, sonriendo lloró...

El enviado del sol, estuvo destinado a viajar y a referir las vicisitudes de su ánimo con Supay. Ni los cristales

yertos obstaculizaron su paso. Por senderos de los Andes proseguía. Echándose a la espalda el pesado equipaje de riscos, montañas y valles llegó a la Sierra de **Perijá**.

Un día Supay atrincherado en Perijá interrumpió el camino. Hojas rojas secas de crepúsculo se volvieron piedras enormes que golpearon el cuerpo de Supay. De las tinieblas, sus ojos quemaron las hojas. En esos momentos acudió su padre el Sol y Supay adolorido se esfumó...

Desde entonces el Sol transformó a su hijo en eterno amanecer. A la Tierra, su esposa y protectora de todos, le dio la facultad de crear y alimentar.

Por ella, el Sol envía las lluvias y la cosecha es abundante.

El Sol abrazó a su hijo y a su esposa la Tierra. Los abrazos eran tan largos que los árboles y las montañas se ruborizaron.

Por cada abrazo se enlazaron más las cordilleras de los Andes, especialmente las cinco cumbres andinas y sus pueblos. De cada abrazo nacieron otros hombres

destinados a mejorar la tierra.

Pasó el tiempo y en el fondo de cada valle, de cada peñón, de cada montaña, los hombres se miran en el amanecer, y la frescura, con rostro de mujer, asciende de los lagos.

En esas cinco montañas de las cordilleras de los Andes, Amanecer piensa en Supay y en los hombres que adelgazan el pan cada mañana. Pero sostiene la antorcha adoptando la figura del hombre que aparta las sombras; y, aunque el cielo esté gris por momentos, con su luz permanente y su mirada franca, cubre de esperanzas a los cinco países andinos.



**A**gustín gustaba mucho aquellas tabletas de chocolate que vendían en la tienda del barrio. Cada día, entre mimos y travesuras, convencía a sus padres y satisfacía las preferencias.

Un domingo, el pequeño Agustín de cuatro años, antes que su padre saliera a comprar el periódico, le acarició y pidió le comprase la acostumbrada tableta de chocolate.

Esta vez el padre le contestó con gesto picaresco y estimulante.

- Te compré ayer, hoy tengo dinero sólo para el periódico.

Moviendo los labios, le incitó más a la golosina por burlarse.

Agustín, por un momento se encolerizó. Antes que saliera el padre, se sentó muy triste en la vereda de la casa.

Después observó unas cuantas hormigas que iban y venían cerca a

sus pies. Al comienzo se incomodó el niño, pero luego las miraba detenidamente. ¿Cuál fue su sorpresa? Una de ellas habló:

- Sé que estás triste, pero yo te ayudaré, siempre y cuando me proporciones un poquito de chocolate.

- No lo tengo, replicó Agustín, mi padre no me comprará.

- Espera , indicó la hormiga, dile a tu padre que cuando pase por la tienda de chocolates, nada más los mire y sentirá una ligera picazón. De insistir la picazón te la compre, caso contrario, no.

- Si así sucede, te prometo compartir la tableta de chocolate, replicó Agustín.

Pasaron cortos momentos. El padre salió a comprar el periódico. Agustín perseveró en el pedido. El padre al ver los ojos traviosos de su hijo, contestó que será otro día.

Cuando el padre abrió la puerta para ya salir, Agustín le recomendó:

- Papá, por lo menos mirarás los chocolates cuando pases por la

tienda, si algo te da comezón o te pica, cómprame.

El padre sonrió y contestó que no lo haría, mientras Agustín quedó pensativo e inquieto por el ofrecimiento de la hormiga.

La hormiga al notar que dudaba Agustín, le relató el plan. Agustín se impresionó. Tomó aire, se puso a distancia segura y venciendo sus secretos temores, miró a su padre que apresurado iba a comprar el periódico.

Al rato, la hormiga vio pasar al padre de Agustín. Secretamente se subió al zapato, luego al interior de la media.

La hormiga viajó suavemente. Cuando el padre de Agustín compró el periódico, obligadamente debía cruzar por la tienda en la que había los chocolates. Así sucedió y recordó a su hijo; pero decidió seguir su camino. De pronto sintió la picazón y pese a ella quiso continuar y la picazón fue más fuerte. Pensativo el padre, entró en la tienda y compró la tableta de chocolate.

Parpadeó extrañado al notar que las

incomodidades desaparecieron. Apresuró sus pasos y reservadamente reflexionó sobre el caso y siguió caminando, desesperado ante lo inusual de lo acontecido. Minutos después llegaba a su casa. Pronto salió Agustín y el padre entre confuso y sonriente, entregó la tableta de chocolate.

El niño con voz dulce agradeció a su padre.

- Conseguiste el chocolate pero explícame lo de la picazón, dijo el padre.

Los ojos recelosos del niño miraron a su padre. Le conversó lo de la hormiga.

El padre hizo lo imposible para comprender, caminó grandes zancadas, hasta que decidió sentarse y leer el periódico. Poco a poco calmó su euforia, sin embargo, fingiendo alegría recordaba sobre el particular.

Agustín saltó de alegría, corrió por la casa. Regresó por la vereda y se apresuró a servirse el chocolate.

- Ay, ayyyyy!, me duele todo mi

cuerpo, decía la hormiga ¿recuerdas el ofrecimiento?

Agustín compartió el chocolate con la hormiga. Al fin, ésta movida por la golosina, removió la arena y la hojarasca y corrió feliz.

Agustín se mostró satisfecho.

El padre pudo conservar su aspecto tranquilo, pero cuando recordaba la habilidad de su hijo, no evitaba lo sucedido. Sorprendido miraba a ratos a su hijo.

Hacía muecas y volvía a leer el periódico. Hundido luego en sus reflexiones, hubo de salir de la casa, en tanto que Agustín recordaba cariñosamente a la hormiga y a su padre.

# Anjusejasaro

a-e-i  
o-u



las Vocales

El lugar donde jugaban los niños José y Juan, lucía tranquilo y lleno de sol. Después de algunas horas se encapotó el cielo y, el sitio de recreación, adquirió cierta palidez. Se aproximaba la lluvia. Entonces se obligaron a concentrarse en la casa más cercana que era la de José.

Luego de los saludos de rigor, decidieron trabajar los deberes que el maestro les impusiera. Se escuchaba alguna música. José ofreció un refresco a Juan. La lluvia caía recia. Juan sintió frío.

- Sobre qué hablaremos, anunció José.

- Recuerdas lo de las vocales? Replicó Juan.

- Cosa fácil, añadió José. Pero escribamos oraciones con las vocales. Tú harás con las letras **e-o** y yo con las vocales **i-u**.

Las siluetas de los niños se

reflejaban sobre la superficie de las ventanas. Iban a comenzar el trabajo cuando Juan preguntó a José.

- Quién se hace cargo de la vocal **a**

Hubo cortos silencios. Se intercambiaron palabras y se esgrimieron algunas posibilidades. No faltó el paréntesis ocupacional al encontrar un bonito juguete de felpa y se pusieron a jugar con él. Pero entre juego y juego, el animalito de felpa quedó a un lado.

Mientras José nuevamente recogía el juguete y dando pasos lo arrojaba hacia el cielo raso, miró por la ventana a una niña. Tanto llamó la atención a José que al abrir la ventana miró que de los ojos de ella brotaban hilos de agua. La tristeza de la niña parecía el éxtasis de la caída de un manantial y su semblante recordaba la sonrisa de la fuente durante la tarde. Los corazones de todos los niños eran árboles en una tierra sin límites.

Cesó la lluvia y la niña se aproximó a la casa vecina. José y Juan salieron a verla y observaron que ofreciéndoles una mirada penetró en su casa. Alguien pasó junto a

ellos y aprovecharon el momento para preguntar el nombre de la niña. Una viejecita sonreída y atenta, dijo que era la niña Rosa del vecindario.

Al regreso los niños se sintieron optimistas. José propuso dejar el trabajo de la vocal a para después.

Papel y lápiz: uno más esforzado que otro, comenzaron la tarea. Juan indicó que redactaría cuatro oraciones con cada vocal; así resolvieron. Los diccionarios fueron abiertos repetidas veces. Juan escribía y borraba. Al fin decía el texto:

*"Al enemigo ni agua".*

*"Estudiaré para tener éxito".*

*"Los enamorados se emocionan".*

*"En el hombre no falta la esperanza"*

*"Llevo obsequios a mis padres".*

*"La palabra odio no me gusta".*

*" Veo orar a mi madre".*

*"Me encanta observar los árboles".*

Juan terminó su trabajo. José en cambio meditaba y ojeaba libros y diccionarios.

- Quien acaba primero se va al cielo con cochero, decía Juan.

- No me interrumpas... Quien acaba primero sólo hace un letrero, aclaraba José.

Ambos rieron largamente. Minutos después, José puso en ojos de su amigo la tarea:

*"Ilusión ingrata pero no el idear.*

*"Ilumina Dios a los hombres llevándoles por camino seguros".*

*"Imbéciles y necios no tienen buena partida".*

*"La iglesia es templo del corazón".*

*"Los últimos tienen más oportunidad que los primeros".*

*"La unión sirve para esforzarse más".*

*"Quisiera saber qué cosas oculta el universo".*

*"Debemos ser útiles en todo tiempo y lugar".*

Gritaban divertidos, cuando de pronto Juan aseguró que sus oraciones estaban mejor construidas que las de José. Estalló la defensa, cada uno se esmeraba en argumentar. Entre defensas y

discusiones, propuso José que alguien definiese el asunto.

- Será el profesor, dijo Juan con tono suave.

- Taca .... tun ... tun...taca...taca...  
Eran los pasos de alguien que se acercaba al cuarto de los niños.

Se calmaron al ver al padre de José e inmediatamente le participaron que habían terminado sus deberes.

El padre les acarició y quedó complacido por el procedimiento de los niños aquel fin de semana.

Al día siguiente regresó Juan con la inquietud: el profesor debía ser quién decidiese acerca del mejor trabajo.

José en cambio, con dulzura y prudencia, sugirió buscar a Rosa para que ella resolviese el caso y podría también redactar las oraciones con la vocal **a** . Los niños quedaron de acuerdo.

Tan pronto resolvieron que Rosa interviniese, salieron a buscarla. Al dirigirse a la casa el ambiente se aclaró. Los árboles y las flores se

movían suavemente. La humildad de los pájaros daba lecciones de claridad. El césped recibía el azul infinito y el más simple artefacto lamido por el viento, descubría la sonrisa de las cosas.

Los niños con su ilusión nueva caminaban alegres. Parecía que ellos llevaban la luz por el camino para repartirla dulcificada de simiente.

José tocó la puerta y preguntó por Rosa. El dueño con sonrisa burlona contestó que ninguna persona de la casa tenía ese nombre.

Regresaron tristes con dirección a la casa de José. Pasaron cortos instantes y en la esquina de la calle dieron un brinco de alegría al mirar que Rosa se aproximaba en dirección contraria.

No supieron por qué se sentaron en la vereda. Al llegar Rosa se levantaron y le dirigieron la palabra invitándola a la casa. Rosa les miró con curiosidad y ellos devolvieron la mirada con tímida sonrisa. José se acercó lentamente y se ubicó junto a ella algo indeciso. Rosa quiso continuar su camino... En ese momento las campanas de la iglesia

repicaron... los tres sonreían. No fue anunciamiento. Algo tenían sus ojos, su sonrisa... Cuando se la escuchó su palabra cobró altura.

- De vez en cuando vengo de la montaña. Soy Rosa Ricucug, mi apellido significa vigilante, dijo. Llevo equipajes de auroras y ocasos. Eso es todo, mis trece años saben de vuestra historia y ella crece como ríos en mis ojos mirando la inquietud de vuestros ánimos.

- No dejéis envenenar el ambiente. Hay un poder humano que contamina todo. Cuanto alimento que nos servimos viene contaminado: la leche, la carne. Los peces están contaminados con mercurio. Los ríos ya no son alegres, el árbol contaminado entristece a los pájaros; las fuentes echan lágrimas y en nuestros alimentos se marca la huella de la muerte, decía Rosa.

José y Juan quedaron atónitos. Entraron a la casa. Juan sintió elevarse el valor de Rosa en su alma y estimó necesario relatar lo acontecido sobre las vocales. José reconoció que Rosa habló con

seguridad y sembró la armonía entre ellos.

Rosa comenzó a escribir con la letra *se*

*"Amor y comprensión falta en el mundo".*

*"Personas, animales y plantas necesitan aire puro para respirar".*

*"Necesitamos agua pura, sana y fresca para vivir".*

*"Con amor, aire, sol y agua seremos felices".*

Pasados algunos momentos Rosa felicitó a los niños por sus trabajos de importancia. Agradeció por las atenciones y dijo que retornaba a las montañas a continuar vigilando y cuidando las sementeras y árboles, manantiales y ríos. A pedido de José unieron los criterios de los tres:

*"La e cabizbaja aspira  
ala a-i molestar  
y cuando a su espalda suben  
no se pueden ya bajar.*

*La i con su gran puntito  
tiene firme el corazón  
y aunque delgada y finita  
se doblega con valor.*

*La o parece un chanchito  
lento, sucio y bravucón,  
pero en la mesa muy limpio  
nos da alimento y sabor.*

*Laude noche y de día  
es pletista hasta dormir,  
abre la boca escondida  
por no querer sonreír.*

*La a es la más querida,  
anda y anda con vigor:  
su alegría y su fatiga  
llena al mundo de emoción.*

*Para acabar este pleito  
diré que cinco vocales  
requieren de consonantes  
y no exijan las variantes  
porque soy íntegro juez.*

*También soy a de mucha alma  
que quiere poner los nombres  
todos juntos al revés,  
Rosqjoséjuan unidos,  
ANJUSEJOSARO, al fin.*

Rosa se despidió. Los niños le pidieron que regresara otra vez. Se abrazaron... Al alejarse Rosa, su espléndido talle cubierto por la luz del sol despedía reflejos de varios colores. Lejos ya, una especie de mariposa enorme parecía. Subió a la montaña y los niños siempre le

ven fulgurando en las últimas  
mieses, llenando fuentes, bosques,  
parques, ríos o también disfrazada  
de insecto útil, vigilando la tierra.



**la  
adivinanza**

**H**ace pocos años, llegó al páramo y se asentó en un pueblito andino llamado Lliu (brillante, luminoso), un caballero viejo llamado Francis. Los habitantes sabían que venía de un país lejano.

Francis vivía en Lliu, rodeado de paisajes y montañas, dedicado a cultivar legumbres, trigo y maíz. La alegría reflejada en su rostro parecía un temblor que ampliaba el horizonte.

Pasaron los años y se hizo muy amigo de los niños y los pájaros. Después de las faenas de los padres, los niños acudían donde Francis, quién relataba interesantes cuentos.

En ocasiones les enseñaba juegos, mientras la luz del sol caía sobre las peñas y valles silenciosos como si aquello fuera un beso que enriqueciera el corazón de los caminos.

La bulla de los pequeños no era

sino renunciamiento a la pobreza. Los juegos acarreaban vientos y todo el lugar se encendía de un amarillo intenso. La alegría de Francis era una buena amiga que enseñaba a comprender, triunfar y perdonar a los niños.

Un día se sumó al grupo, el pequeño Arturo de cinco años. Sus zapatos sonaban plug...plug...plug y llevaban sus ojos ilusiones y reverencias temerosas. Entre los niños: unos sonrieron al verlo, otros rieron porque los zapatos le quedaban muy grandes.

Arturo no se incomodó. "Quiero que el caballero Francis me reciba para jugar con los demás niños", dijo Arturo.

Francis, con delicada sonrisa aceptó complaciente y los niños se mostraron satisfechos de tenerlo a Arturo. Era una bienvenida con bríos de espontáneas promesas y ondulantes confianzas.

El domingo resolvieron jugar un partido de fútbol. El prado estuvo lleno de gente. El viento y el polvo, nada importaban frente al regocijo infantil.

Arturo fue el más hábil y el más veloz. El grupo de Arturo triunfó, en cambio Juan miraba con cierta furia a su rival. Lo peor fue que Juan no entendió de los conflictos que podían presentarse, ni asimiló las expresiones de Arturo, sin las cuales todo resultaría en vano.

Francis para que no hubiera protestas, se dio cuenta de los pormenores entre ellos y arregló el asunto explicándoles sobre el valor del deporte. "No hay vencedores ni vencidos, sino entretenimiento y salud", dijo Francis.

Otro día se acercó al grupo Aurora, niña también de unos cinco años. Era distraída, hablaba poco y gustaba hacer adivinanzas que el abuelo le había enseñado.

Aurora aparecía las tardes después de cumplir con las faenas de casa: barrer, fregar cositas pequeñas, lavar algunos trastos. No obstante, su sonrisa amarinándose demostraba inquietud. Estudiaba la forma de vencer ocupaciones; pues, era única hija y debía ayudar en la casa y esto, le incomodaba.

Un día dijo a Arturo:

- Sólo el aire me visita cuando paso en mi casa.

- Te pido me ayudes cuando haga mis adivinanzas.

Arturo se mostró atento y sonreído y ofreció contribuir en lo que fuere necesario. Mas aún, expresó que hablaría con Francis y todo saldría bien.



Pocos días después los muchachos y Francis, decidieron que Aurora participara con sus anhelos.

Francis decía a los muchachos: "Es importante compartir con Aurora para que no se sienta triste. Pensad niños sobre la imperiosa necesidad que tenemos de unirnos y ser felices".

Los niños se pusieron muy contentos. Una tarde, Aurora se acercó al grupo y dijo:

- Vengo a haceros adivinanzas, si acertáis, tendréis finos dulces y manjares; pero si no acertáis, iréis a ayudarme en los quehaceres de mi casa.

Los demás niños no protestaron, aceptaron de buena gana el reto. Aurora, preguntó a Arturo ¿Cuál es la persona que tiene las cinco vocales?.

Pasaron algunos minutos y cerca de terminarse el tiempo establecido, dijo la palabra **abuelito**. Todos los niños aplaudieron a Arturo.

Los niños se citaron para el día siguiente.

Entre tanto Aurora, según órdenes de los padres realizaba las faenas de casa. Poco le gustaba lavar los platos.

El viejo Francis, sugirió que Aurora hiciera dos adivinanzas y no una. Ella sorprendida, solicitó le concedieren un tiempo más; así se resolvió. Transcurridos algunos minutos Aurora preguntó a Carlos:

*"Me fui al mercado  
compré una bella  
llegué a mi casa  
y lloré con ella"*

Carlos pensó rápidamente y contestó que era la cebolla.

Después de corto lapso, Aurora

facilitó otra adivinanza al  
compañero llamado Enrique:

*"Pico, pero no tengo pico,  
tengo un ojo pero no veo",  
(aguja)*

Enrique tardó en contestar y no adivinó. Francis delicadamente pidió que cumpliera con lo pactado.

Enrique hubo de lavar los platos. Todos rieron y Aurora quedó feliz.

Pasaron los días, entre juegos, andanzas, trabajos y adivinanzas. Lo más delicioso del tiempo fue que Francis se emocionaba con los niños al verlos derramarse en el mundo exterior y vibrar en la luz y diluirse en los ambientes frescos.

Un día rieron a pierna suelta, al ver a Arturo ayudando en la cocina de los padres de Aurora porque no pudo contestar una fácil adivinanza:

*"Tengo de rey la cabeza  
calzo espuela pavonada  
llena de barba colorada,  
mi sueño temprano empieza  
y madrugo en la alborada".  
( gallo).*

El mismo Francis, con gusto tuvo que limpiar el patio de la casa porque no pudo contestar esta adivinanza:

*"Voy de casa  
a cualquier parte  
pero siempre me quedo  
en el mismo lugar".  
(camino).*

Una tarde los niños resolvieron proponer a Aurora, que también conteste las adivinanzas. Así sucedió.... Aurora, a más de atender en el hogar tuvo que ayudar en el hogar de Carlos y Enrique porque no contestó las adivinanzas siguientes:

*"Redondo, redondo  
no tiene tapa ni fondo",  
(anillo).*

*"En banquetes y reuniones  
en primer lugar estoy,  
¿Adivina quien soy?  
(Chanco).*

•> •> •> ✧

El pueblito andino Lliu. se alegró

tanto con Francis, los niños y los padres de familia; pues, se lo miraba cada vez más atractivo y luminoso.

El pueblito prendido en el páramo progresó. Francis emprendió en regadío y las sementeras producían. El pequeño valle permanecía verde. La afligida mirada iba perdiéndose en niños y viejos. Los niños aprendieron trabajo, amor y paz. En cierta ocasión decidieron los habitantes de Lliu, conmemorar el origen del pueblo.

Ese día hubo flujo y reflujo de personas. Todo era júbilo. Hasta los cipreses solitarios proyectaban en el viento alegrías. Lealtad y ternura se prendía en la fuente y en los trigos dispersos. El rondador traducía el pasado y el presente. Las risas portaban compases de apaciguados delirios. Los frutos y los pájaros eran revitalización y eco resonante.

Entre tantos eventos, no faltó la adivinanza. Pero no aparecía Francis. Arturo le buscó por los cuatro costados del pueblito andino y dio con él. Mientras Francis proseguía su andanza con dirección a una cueva, Arturo seguía sus pasos...

Y sucedió que Francis regresó a mirar y vio a Arturo.

- He disfrutado tanto en estos años pero he decidido irme, manifestó Francis.

- No debe hacernos eso, los festejos nos esperan, replicó Arturo.

Francis aceptó regresar para intervenir en las adivinanzas. Dirigió una mirada a su alrededor y comprobó que le esperaban. Se emocionó tanto que organizó en tal forma para que todos interviniesen en las fiestas, especialmente, en las adivinanzas. Grandes y chicos se veían afanosos.

En medio de la tarde luminosa, Francis habló a sus amigos y niños. Solicitó se le permita elevar a consideración del público la adivinanza, debiendo contestarla en cinco minutos.

Cuál es la adivinanza, dijeron entusiastas los habitantes de Lliu. Francis les preguntó:

*"Que será que en todo está".*

En efecto fue espléndido. Se

miraron los unos a los otros. Pidieron la palabra grandes y pequeños:

El viento dijo uno de ellos.

El agua contestó uno de los niños.

El fuego replicó una madre de familia.

El abuelo más querido de Lliu, a todo pecho, dijo: Dios está en todo. También en Dios está, contestó Francis.

Otros ya cerca del ocaso expresaban: Las nubes, el infinito, la humedad, los caballos, las palabras...

Y pasaron semanas y semanas. Un día la gente decidió trasladarse a la cueva donde varias horas pasaba Francis.

Salió Francis y se lo miró como iluminado en la cueva. Quién sabía de sus erranzas. La luz le envolvía con airoso temblor de hojas. Su sonrisa semejaba una lámpara cansada de alumbrar...

Uno de los habitantes pidió que les diera la respuesta de la adivinanza. Francis contestó diciendo que

dentro de las palabras hay indefinidas como la esperanza, melancólicas como un buen recuerdo, soberanas como la naturaleza, delicadas como el amor, eternas como los principios, elegantes como las flores, dolorosas como la vida cuando está llena de espinas.

El rostro de Francis se conmovía frente a las montañas y llovió... Tac... tac... tac... al fin se escuchaban las gotas sobre las hojas y volvió la claridad y los habitantes de Lliu preguntaron nuevamente: "Qué será que en todo está".

Francis, temblando se asomó a la puerta de la cueva y con los ojos blancos viendo al cielo, se alejó pronunciando con frase estentórea a Dios. Y añadió que "todas las cosas están en Dios y Dios en todas las cosas". Y desapareció Francis.

Desde entonces los habitantes de Lliu, recuerdan a Francis. Van a la cueva y preguntan: "que será que en todo está".

Un día Arturo, ya viejo encontró la respuesta en la cueva. Decía EL NOMBRE.

el niño y el

globo



**U**n día, padre e hijo fueron de compras. Paúl, niño de cuatro años, entre juguetes y muchos juguetes, miró al padre... No le hizo caso, pero Paúl, estiró el saco del padre procurando mirara un globo de color amarillo intenso.

El niño obtuvo el globo. Fit! fit! fit!, se mecía y se mecía con el aire, sostenido por un hilo. Fit! fit! fit!, se mecía arrullado por el viento.

El globo para Paúl, era una naranja enorme, un sol redondo que rozaba con el azul infinito. Núcleo azul, amarillo y escarlata y abajo la sonrisa del niño flexionándose al compás del canto de los vientos.

Paúl, alaba y alaba al globito, abriendo sus piernas. Sas! sas!sas! escuchaba el sonido de sus zapatos y el viento. Sas! sas! sas! niño, hilo y globito. eran una cajita de música: din dan!, din dan!, din dan!. Todo era una chispa de fuego agotándose de perfil.

**El rostro de Paúl se puso alegre como los días de fiesta.**

**En su casa había espacio y llegaban las aves, principalmente un gorrioncillo cariñoso. Se decía, muy amigo de águilas y cóndores.**

**Al son de su tra-la-lá, Paúl alzaba su globito en el jardín.**

**Al oír sus cánticos, el vecino José, le decía:**

**- Qué hermoso globito!!!**

**En ese instante, cruzaron algunas aves y el globito de Paúl: pop! pop! pop!. Se reventó. No supo por qué...**

**- Ay, ay, ay, ji, ji, ji, lloraba amargamente el niño. José le consoló algunas horas.**

**- Hijo! dijo el padre; hubo un hueco y poco a poco salió el aire por allí. Ya te compraremos otro o yo mismo haré uno más hermoso.**

**Se arregló el percance...**



**Pasaron los días y Paúl pensaba en el globo, en su naranja enorme, en su sol redondo. Su globo que**

acariciaba a las nubes, a esa anciana blanca y blanca que le sonreía...

Pedro, su padre, resolvió confeccionar un globo más grande. Se demoró algunas semanas. Pero, no se elevaba como el anterior.

A pesar de los mecanismos y el estudio de las leyes físicas, apenas se elevaba unos pocos metros y caía.

El recuerdo de su globo anterior daba las vueltas en la cabeza de Paúl.

Paf, paf, paf!, sonaba su corazón. Su corazón era colina, era relámpago, lago oscuro apegado al jardín donde dormía el color del globito.

A veces Paúl trasmontó con tristeza la árida loma tras la cual, vivía José. Con él se entretenía...

Los amigos iban a un pequeño arroyo donde las pompas de agua tenían la forma del globito azul.

- Algún momento el globo hecho por tu padre, se elevará, ten paciencia, decía José.



Pasaron muchos días y una mañana Paúl se asomó a la ventana y al mirar observó que el globo hecho por su padre se elevaba por largo tiempo. El globo nuevamente era el sol redondo y lo más hermoso que se haya visto jamás. Paúl pensó que no lo vería más porque se perdió en el horizonte.

Al día siguiente se acercó a la ventana y oyó cantar al gorrioncillo:

*Globito, globito mío  
que vas por el inmenso cielo;  
si cruzas por la alameda.  
Paúl quiere irse contigo...*

Chas!, chas!, chas!, sobre los charcos de agua, corrió Paúl hasta el globo y miró que dentro de él estaba el gorrión y otra ave enorme invitándole a subir.

Paúl, tuvo miedo...

El gorrioncillo insistió. El niño comprendió todo. Subió al globo que luego se elevó por el cielo despejado.

- Aquel es el cielo adonde vamos alegres, decía el gorrioncillo.

Junto a ellos pasaron las nubes,

espumas blancas. Muy cerca de las montañas se aclaraba el rostro del niño. Abajo, los árboles enviaban sus perfumes.

Paúl, sorprendido sonreía al ave enorme, al cóndor rey de los Andes.

Con voz grave dijo el cóndor:

- Ascended, que el cielo también es mío; quiero compartir entre los tres. Aquí nada sucede, hasta el arco iris fulgura entre mis alas delirante.

El globo, sol redondo era para Paúl, el portador de colores y el relator de los secretos de las mañanas. El amigo del cosmos, por esto el niño se sentía un astronauta con armaduras hechas por gaseosas manos. Era el niño de otros planetas que con sus ojos coagulaba y condensaba la claridad, pese a los choques atómicos que envían las furias de colores.

- Gozad, pequeño astronauta, tal vez sea este nuestro elevamiento último canto, decía alegre el gorrioncillo.

Fui - fui - fiuutt!, el globito se

empinaba. Alborotaba el cielo y la soledad sonreía. A ras del azul el gorrioncillo entregaba al niño reflejos de montañas y los ponía sobre el pecho izquierdo del niño.

Al regreso, el rostro de los lagos les sonreía también con esa sonrisa que brota de la espuma y las estrellas. Al fin todo el barrio ensanchaba el corazón al ver al niño y a su globo.

Paúl, relató sus impresiones ... Su mirada era el diluvio astral de pétalos y en el globo quedaban trinos, alas y el sabor de las montañas.



Pasaron los meses blancos, rojos y azules. Pasaron los años y el gorrioncillo ya viejo no podía elevarse con el globo. Murió un día. Paúl había crecido.

Paúl pasó frente al globo donde el gorrión y el cóndor dejaron sellos de imperial grandeza.

Asimismo, observó la imagen del niño astronauta que todavía espera

un nuevo planeta al fondo de las nebulosas y otro iris melódico en las alas del cóndor.

Los padres de Paúl, la gente del barrio, jardines y colinas, han envejecido con lento oscilar del tiempo. Allá en las retinas del arroyo, la espuma colorea a la tierra y el cielo descansa y apaga sus manchas en las aguas.

El viento acaricia el globo y el gorrioncillo duerme al costado transportando ángeles de recuerdos.

Paúl va de luna en luna con sus recuerdos fundidos en su juventud porque todo queda con nosotros.

Los niños del barrio miran el globito y siempre cantan:

*Del pico del gorrioncillo  
se oye una canción azul,  
es un pedazo de cielo  
que se vuelve una ilusión.*



**Juan  
Jardinero**

**J**uan Jardinero, era inquieto y bueno. Los pájaros, a veces, revoloteaban a su alrededor y todos le envidiaban. Gustaba bajar la cabeza para percibir el aroma de las flores.

La podadera era su mujer, su hija la regadera, el azadón y el rastrillo, sus hermanos; y, la pala su amiga.

Un día, Juan Jardinero indicó a la familia que el primer palito de la letra F mayúscula, era el cuerpo y los palitos del medio y de arriba, los brazos destinados al trabajo.

Decía Juan Jardinero que el cuerpo y los brazos salía una chispa iluminada, llamada esperanza.

El cuerpo está hecho de amor, desvelos y constancia. La podadera le interrumpió diciéndole que le producía tristeza cortar las ramas.

No! Replicó Juan Jardinero:

- Tú ahuyentas la muerte y eres

como un sencillo dios de carne y hueso.

- Tú me ayudas a conservar las plantas para que vivan más hermosas. Juan Jardinero, añadió:

- Toda mi familia trabaja:

*Uno, dos y tres  
mi amada podadera  
cuida a las plantas bien.*

*Cuatro, cinco y seis,  
mi hija la regadera  
es fuentecita y miel.*

*siete, ocho, nueve y diez,  
azadón y rastrillo  
me limpian el jardín.*

*Once, cincuenta y cien,  
la pala cava y rellena  
la tierra que es porvenir.*

Y sucedió que Juan Jardinero terminó su trabajo muy por la mañana. Al descansar se quedó dormido. Alrededor resplandecían las flores y los pájaros acudieron a mezclarse con los matices.

El más pequeño de los pájaros se alimentaba poco, los grandes le impedían picándole continua-

mente. Apenas percibía el aroma fresco de las flores, sus pupilas se llenaban de miel.

Una mañana, cerca de las rosas llenas de espinas, conversaban los pájaros y uno de ellos dijo:

- Al pequeño hay que apartarle del grupo o llevarle a otro jardín.

Pero, el pequeño pájaro escondido en el sauce oyó la conversación y se puso a meditar™

Sin perder tiempo, se trasladó a la casa más cercana y se apropió de hilachas y pedazos de telas. Las depositó bajo el tronco de las rosas con cuidado.

Juan Jardinero despertó y los pájaros volaron llevando en sus alas y en sus patas, pequeñas lastimaduras por las espinas de las rosas.

Juan Jardinero salió de la espesura oliendo a flor. Escuchó un trino y sorprendentemente vio oculto al diminuto pájaro.

- Qué sucede pequeño. Cuéntame tus angustias, insistió con voz delicada.

El pájaro relató sobre el aislamiento en que le tenían los demás pájaros, participándole a la vez la idea de engañarlos para servirse algún alimento.

Juan Jardinero ofreció ayudarle, mientras el pequeño pájaro voló contento. La fronda tranquila recibió el trino sonoro.

Madrugó el pájaro. Habló con sus compañeros proponiéndoles usar hilachas y pedazos de telas para ponerlas sobre las espinas de las rosas porque les producía lastimaduras.

Aprobaron la idea. Las risas del follaje llenaron de júbilo a los pájaros. Unos más y otros menos, se pusieron a trabajar dentro de las sombras de las rosas. Los picos y las patas de los pájaros imprimían huellas sobre las hilachas y las telas.

Juan Jardinero oculto miraba la tarea de los pájaros, mientras el pequeño a sus anchas se servía lo mejor del jardín.

Un concierto de luz y sombras alegraba al pequeño pájaro. Cerca estaban sus compañeros. Luego,

lleno de felicidad saltó por el césped.

Juan Jardinero, felicitó por la idea.

Todas las mañanas, Juan Jardinero, observó al pequeño servirse los alimentos con libertad. Sus compañeros le llegaron a querer porque él les llevaba por otros lugares por donde encontraban alimento.

Desde entonces, Juan Jardinero, espanta sus sueños en compañía de los pájaros. Ellos le ayudan a cuidar el jardín y a encender las auroras.

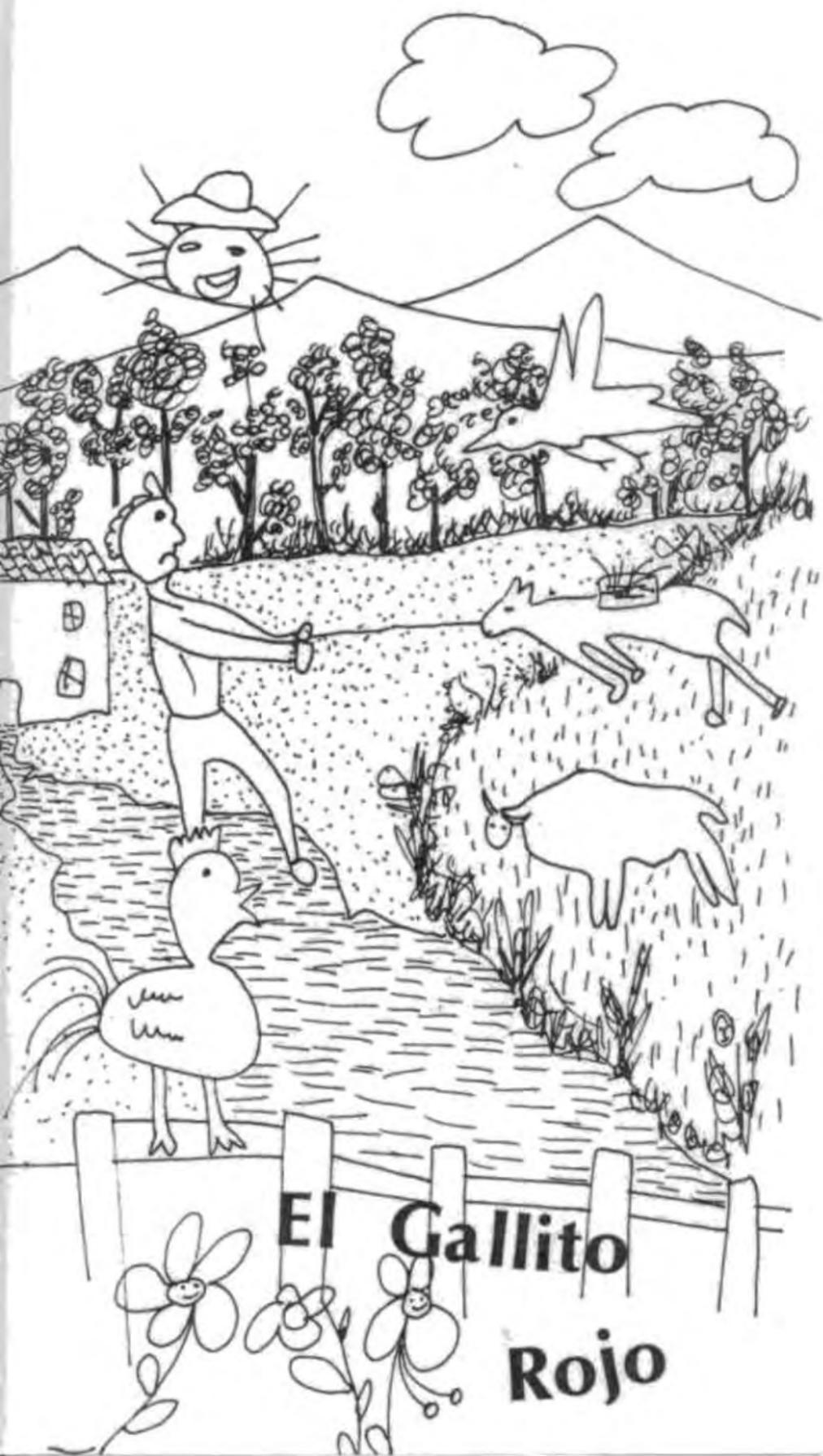
Cada mañana conversa con la podadera diciéndole que ella ahuyenta la muerte y es como un sencillo dios de carne y hueso.

Su hija la regadera, es confidente de las rosas. Azadón y rastrillo, sus hermanos, bailan en los surcos y los huertos sonriéndose con las raíces: la pala, su amiga, a hurtadillas juega en los brazos y alegra los rincones olvidados. El pájaro lava la alegría de todos y junto a Juan Jardinero vive entre los destellos de la luz y del bosque; en fin, azulándose y jardineándose, vuela y se detiene entre vientos verdes y trinos rojos.

La familia de Juan Jardinero, se adueña de todo cambiando las manos por caminos.

Desde entonces, el aire enciende música, canta y trina con su oxígeno. La sabía espase su fresco recado y es el árbol, cuerpo de la familia.

Juan Jardinero y los suyos, confortan las raíces gruesas del hombre para que el trabajo se levante de sus manos fecundas.



**El Gallito**

**Rojo**

La historia empezó en un pequeño terreno seco donde vivía José, hombre joven, preocupado por la vida de sus animales y de cómo preparar la tierra para sobrevivir. Su alma de montaña no le permitía cruzar los brazos y aguantar vientos, soles y continuas sequías.

En su terreno rara vez llovía. El agua se llevaba de una quebrada distante y a lomo de asno.

En la propiedad un perro, un gallo y un asno sufrían de sed.

El gallo tenía patitas grades como las ramas de árbol pequeño. Sus ojos inquietos miraban al cielo.

Un día el gallo, el perro y el cabrito, junto a José, se entristecieron porque había enfermado el asno y no podían obtener agua para preparar la comida y para calmar la sed.

José vivía solo. A larga distancia

habitaban otros amigos que también sufrían por falta de agua.

Pasaron unos meses y murió el asno. Entonces, apareció el lobo hambriento dispuesto a devorar a los animales.

José decidió recorrer algunas horas para solicitar ayuda. Seguro estuvo de que sus amigos le prestarían un asno. Al despedirse pidió a los animales que se cuidaran del lobo. Las instrucciones se encaminaron a que se ubicaran en partes altas.

El gallo, el perro y el cabrito, viéndose solos se unieron y en una esquina del terreno aparentemente húmedo optaron por cavar el suelo.

El perro trabajaba más con sus manos y uñas. De pronto, un estremecimiento de placer corrió por el cuerpo del gallo, pues, había visto a una ave descender y espantar al lobo. Cuando el sol entraba al ocaso y brillaba directamente sobre la montaña, observaron que aquella ave se perdía en el firmamento.

Y sucedió que el perro de tanto cavar quedó rendido. Reclamó duramente a sus compañeros que

poco o nada habían contribuido.

El cabrito y el gallo se pusieron tristes al sentirse aludidos transcurrieron pocos minutos y el lobo apareció. Cada uno se puso a buen recaudo. Le fue difícil al cabrito y fue devorado por el lobo.

No sirvió de nada la defensa efectuada por el perrito. Se sintió débil y volviéndose a casa se dispuso a caminar vacilante y deseoso de agua.

Conversó con el gallo y le condujo al árbol para defenderlo del lobo. Todos anhelaban el regreso de José.

Al día siguiente, los sobrevivientes tan pronto comenzaron a cavar la tierra , sintieron una brisa fuerte que soplaba sobre el terreno.

En medio de angustias y sobresaltos vieron al ave luminosa que picoteaba en el pequeño hoyo trabajado. Los animales miraban con la boca abierta. El ave se acercó al gallito y picoteó delicadamente sobre su cuello. Cielo santo! dijo el perro al ver que el lobo desapareció del terreno.

El gallo, mientras tanto, se dirigió al hoyo y quedó asombrado al ver como el hoyo había cambiado porque se lo veía más húmedo.

Pasaron las horas y los pencos secos y las ramas pequeñas y grandes que curvaban hacia abajo, cambiaron adquiriendo un verdor especial. Aunque al viento se lo sentía helado, la humedad contribuía al desarrollo de las plantas.

El perro y el gallo recordaban en silencio la muerte del cabrito y la ausencia de José.

El perro no dejaba un momento de mirar al gallo:

- Pienso que estás creciendo más de la cuenta, decía el perro.

El gallo sorprendido voló por encima de las plantas...

- Por qué me dices eso, replicaba el gallo...

Así transcurrieron los días hasta que José llegó con el agua. El perrito y el gallo relataron todo lo acontecido y José se puso a trabajar.

A la mañana siguiente se oyeron de rigor los cantos del gallo; sobre todo, se veía como el gallo iba cambiando de color, apegado al sector húmedo en donde le picoteó aquella ave misteriosa.

Avergonzado y confuso el gallo, escondía la cabeza debajo de las alas, mirándose rojo completamente y poco a poco fue proclamado como la más hermosa de las aves.

Un día, José renegado porque se le acabó el agua se sentó triste a la puerta de la casa. Mientras tanto el gallito rojo dijo al perro:

Queréis cavar el hoyo, para sacar agua? No. contestó.

Y, de la misma manera dijo a la ternera que José había adquirido:

Queréis cavar el hoyo para sacar agua? No. contestó.

Mientras tanto el gallito todos los días picoteaba en el hoyo.

Queréis cavar el hoyo para sacar agua? Preguntó al chanchito y este replicó que no.

El gallito continuaba trabajando. Le

tenían como el gallito porfiado. Sus picotazos sonaban diariamente y nada apareció; sin embargo, el pedazo de tierra de José estaba húmedo.

Cuando una tarde el sol pegaba recio en la tierra y en el cuerpo de los animales, el gallito rojo dijo, indicando el agua que tenía cerca a su pico:

- Perrito, ternera, chanchito, queréis calmar la sed? Necesitamos replicaron todos.

Alegre y orgulloso, el gallito rojo, dio de beber a sus gallinas y pollitos, más no a ellos por el momento.

Entre tanto José y los animales sorprendidos, miraron como del hoyo húmedo salía una pequeña vertiente. Tanta fue la felicidad que se accidentó José. Solamente después que pasó por el terreno aquella ave misteriosa, volvió a su estado natural.

Desde entonces el gallito rojo fue más querido por propios y extraños. En los campos crecieron los bosques, la casa de José estaba rodeada de pequeñas acequias y los

animales retozaban sin cansarse. Las aves vatiendo sus alas largas y vistosas se acercaban al gallito rojo. Algunas daban vueltas en el agua y otras se alejaban alegres. Trabajos e infortunios sufridos por el gallito rojo le daban completa felicidad y jamás fue vanidoso.

el niño que trazó

caminos al andar



**H**ace muchísimos años, vivía en el campo, lejos de la ciudad, Pedro el Inquieto. Tenía siete años y la distancia que separaba su casa de la escuelita, eran cinco kilómetros. Igualmente, sus compañeros vivían lejos y él se trasladaba a pies todos los días, a excepción de los sábados y domingos.

Con el andar de los días, Pedro el Inquieto, buscó senderos más directos. Oía los sonidos y sentía la fuerza del viento y de las aves que cantaban al verle pasar. Las flores como embelesadas movían sus hojas y los pastores sonreían.

Una tarde dialogó con sus padres diciéndoles:

- Padre! He encontrado el camino más directo para llegar a la escuela.

- Debes tener cuidado, cuentan que hace mucho tiempo, el molino viejo está ocupado por alguien que nadie lo ve; pero cuando llega la

noche se escucha tremendo alboroto, relataba el padre.

- Padre! Obligado tengo que cruzar ese sitio pero nunca he visto ni he oído nada. Acto seguido sonrió burlonamente....

Así transcurrieron los días. Pedro llevaba consigo su bolsita de útiles y una varita de árbol de eucalipto.

Por las andanzas de Pedro, se formó el camino. Una tarde cuando regresaba, cerca de terminarse el año escolar, subió a un cerrito y orgulloso miró el valle y el caminito que se había formado.

Al continuar su recorrido, Pedro miró a su varita y notó que cambiaba de colores: del azul al verde, del verde al rojo y más colores distintos.

Pasó cerca del árbol más viejo del camino y escuchó una voz grave y profunda que decía:

- Pequeño Pedro, tu caminito unirá y orientará a los que se aman, sufren y trabajan.

Atento y nervioso, Pedro escuchaba:  
- Pequeño, cuando recibes el aire,

notas que el viento sopla y fortaleces tus pulmones volviéndote ágil y fuerte. Tu sangre se purifica y expulsas las impurezas.

- Mira como el sol te da vida y energía. Su luz y calor recibes tú, las plantas y los animales. Esto les permite desarrollarse y ser útiles.

Después de escuchar esas palabras, Pedro salió a prisa. Le abrazó la noche por haberse demorado algunas horas. Anduvo a oscuras. No supo como llegó a su casa.

Pasaron los días y al regreso de la escuela deseaba volver a escuchar esas palabras. Terminó el año escolar. Durante sus vacaciones ayudó a sus padres en las faenas agrícolas.

Muchas ocasiones, no dejaba de relatar a sus padres aquellos momentos tan misteriosos. Los padres sonreían y permanecían orgullosos por los conocimientos que tenía Pedrito.

Terminadas las vacaciones, Pedro continuó en la escuela. El camino fue agrandándose y estaba más sólido y hermoso. Pedro amaba al suelo, a las plantas, a los insectos, a

los frutos y a los bosques.

Una tarde al regresar de la escuela volvió a escuchar la voz de árbol. La varita cayó de su mano. Se agachó a cogerla y observó que brillaba... y la voz decía:

- Pequeño, conoces el agua. Ella ha mitigado tu sed. Ella alimenta el suelo. Ella llega desde las nubes porque hay humedad en el aire. Por ella se forman los ríos, lagos y mares. El agua alimenta a las plantas, animales e insectos.

Pedro, luego de escucharlo apuró el paso asombrado; mas, la voz insistió que se quedara.

No tuvo más que hacer, pero al mismo tiempo su varita tan querida desapareció. Pedro exhaló un suspiro. Corría el tiempo tranquilo sin que nada perturbase la voz del árbol:

- Pequeño, del viento aprendiste la inquietud luminosa y a erguir la frente para emprender en tu recto camino.

- Con barro modelaste la libertad y sentisteis en tus manos la humildad del insecto jubiloso.

- Del sol aprendiste la delicadeza de la brisa, la vida llena de energía para buscar el pan y el faro que te orienta cada día.

- Del agua aprendiste la constancia de vivir para amar y producir.

- Del bosque aprendiste la solidaridad, el amor, la fuerza y la confianza para cruzar espacios.

- En fin, tu hiciste el camino. Caminad hacia el norte hasta dar testimonio del agua que cayó en terreno pobre.

Regresó Pedro a casa y la varita le esperaba. Transcurrieron muchos días y entre ideas y regresos, recuerdos y alegrías, terminó sus estudios.

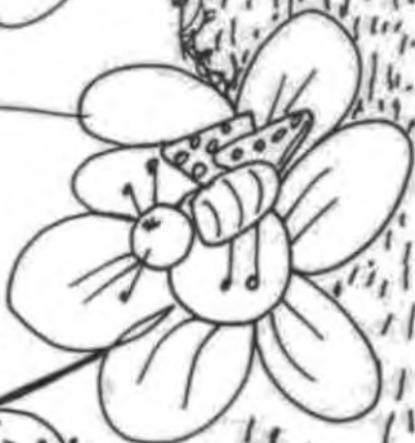
Pasaron los años, pero el árbol ya no existe, solamente la vara de colores protege a los caminantes que pasan, ya no por el camino pequeño de Pedro sino por una carretera. El sol, el agua, el aire, el bosque, siguen enviando luz, calor y vida al camino. La varita continúa allí en el sitio del árbol viejo. Le pusieron por nombre Jurupi-achig que significa árbol de semillas negras y luminosas, mitad sombra.

mitad luz, que divierten a los niños;  
y, alumbran y vigilan también el  
sueño y los ideales de los hombres.



**la anguila**

**y los  
pecesitos**



**U**n día dos pescaditos pequeños se encolerizaron porque otros más grandes les maltrataban y no les permitían, a veces, servirse la comida.

Una mañana el pescadito mayor nadaba canturreando orgulloso porque no aparecieron los pescados mayores. Al pasar cerca del más pequeño, con su ruidito chas! chas! chas! fue interrogado por qué estaba tan alegre.

Relató que había hecho amistad con una anguila hembra, pez grande, quien le conversó que ella resistía las condiciones más adversas y estaba lista a ayudarlo y defenderlo.

Con su ruidito, chas! chas! chas! continuaba alegre. El agua transformaba su ánimo y orlado de sonrisas en su tránsito incierto, el pescadito recorría recodos y bifurcados caminos. Se diría que el agua aproximaba alegres perspectivas de andanzas amables, libres de acechanzas. Chas! chas! chas! era el

ruido revitalizador y el agua la sonrisa de Dios que humedecía infinitos e impalpables sustancias.

Los dos pescaditos sintieron que era placentero contar con el apoyo de la anguila. En esa época los ríos profundos estaban transparentes y se observaba cantidades de alimento.

Pocos días después apareció la anguila y les dijo:

- He cumplido cierta edad y tengo que ausentarme al mar.

En efecto, las anguilas en su madurez sexual van al mar recorriendo enormes distancias y luego regresan a los ríos. Puede inclusive pasar a tierra y vivir cortos intervalos.

El pez más pequeño le preguntó a la anguila por qué no le había visto alimentarse todo el día.

- Capturo por la noche algunos animales y restos orgánicos para sobrevivir, contestó la anguila.

Al mirar la tristeza de los pecesitos, la anguila indicó que regresaría lo más pronto.

**Antes de su partida la anguila le señaló un refugio adonde debían acudir en momentos de peligro.**

**Era una caverna grande localizada debajo del agua con un espacio pequeño por el cual el sol resplandecía intensamente.**

**Allí observaron los pequeños peces los rayos y parecía que en las pequeñas rocas cantaban y reían las anguilas. Cosa semejante no habían visto antes. Cuando la anguila amiga se detuvo, luego en un abrir y cerrar los ojos desapareció.**

**Los dos peces abandonaron el refugio tristes. Uno de ellos regresó a mirar la caverna. El ambiente comenzó a oscurecer y el sol pintaba las aguas de rojo azulado.**



**Pasaron muchos días y pese al refugio eran maltratados los dos pecesitos por los más grandes.**

**Un día los pescaditos se echaron a dormir en el refugio. A la mañana siguiente salieron del lugar y miraron a las anguilas resplandecientes y uno cantó:**

*La señora anguila  
que hermosa está,  
con su cuerpo eléctrico  
nos da claridad.  
Mañana queremos  
que al salir el sol  
cuide nuestros pasos  
con intenso amor...*

Los pecesitos alegres, quedaron asombrados al ver cómo las anguilas con el resplandor de su cuerpo ahuyentaban a los animales enemigos y conseguían abundante comida.

Los peces levantaron las cabecitas y se maravillaron porque parte de esos alimentos les tocaba a ellos.

Un pez grande que veía aquella escena decía que " ha viajado por ríos y mares, pero nunca había visto nada que pueda compararse con ese resplandor eléctrico".

Una anguila en su contacto golpea tan fuerte que lanza al enemigo más potente que ella, al recibir tan gran descarga.

Poco tiempo después, los pecesitos dándose aleteos comenzaron de nuevo a cantar:

*La señora anguila  
que hermosa está,  
con su cuerpo eléctrico  
nos da claridad...  
Le agradecemos  
por tanta bondad  
y que el mar sustente  
la electricidad...*

La música fue tan inesperada y emocionante que todas quedaron sorprendidas. En esos momentos aumentó la alegría al ver a la anguila amiga que había regresado.

Los pecesitos de pronto miraron al hoyo de la caverna y sintieron como los resplandores de lo alto hacían piruetas sobre las anguilas. Los colores más brillantes llegaban a sus cuerpos como si fueran de otro planeta del sol o del mar lleno de joyas. Nadie había contemplado resplandecencia como aquella...

Los pecesitos con su chas! chas! chas! estremecían a las anguilas. Era el cariño, agua en rojo extendiendo brazos con mágica desnudez flexible a la esperanza.

Así sucedió con la anguila amiga. En ella los secretos del infinito se reflejaba en las rocas del refugio

como si fuera la delgadez del sol o algún planeta enrollara las aguas y las rocas.

Los pecesitos descubrieron cómo el resplandor sollozaba en el agua y en el cuerpo de las anguilas. Desde entonces la anguila amiga se afanó por la vida de los pecesitos. Ellos descubrieron el secreto rozando los materiales encantados y flotando en el aroma del mar y del azul infinito.

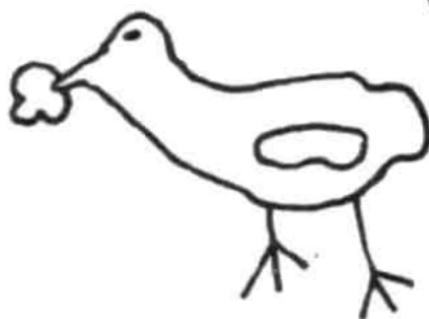
Cuantas veces orgullosos viajaban por ríos y mares. Atravesaron distancias y nadie podía hacerles daño. Eran amigos de las anguilas.

Cuando la roca es abrazada por las aguas y se abre el hoyo de la caverna, las piedras y la arena escuchan las canciones azules de los pecesitos. especialmente cuando el resplandor de abeja se oculta en las cavernas y los cuerpos de las anguilas son sangre del acantilado:

*La señora anguila  
con su cuerpo eléctrico  
que hermosa está.  
Yo escucho siempre  
clias!. citas!, chas!  
por ríos y mares,  
cómo nuestra anguila  
nos ayuda y guía  
con eterno amor...*

pedacito

de sol



**H**ace mucho tiempo vivía un gorrión en la colina. Todos los días bajaba a deleitarse en las orillas del río. El gorrión era sencillo como el agua, sonriente como el batir de alas de mariposa. Sus saltitos sobre la tierra parecían campanillas de fragancia.

Andrés Ramiro, nieto de unos campesinos, gustaba mirar el gorrión en medio de la agilidad armoniosa del horizonte.

Andrés Ramiro, tenía el rostro de rocío, su sonrisa el rumor lejano de las fuentes; sus ojos la alegría del sol en la mañana, sus manos espigas encendidas de esperanza. Los cuatro años le volvieron ágil, gallardo e inquieto. Su caminar incitaba a pensar en la libertad; el modo de mirar aclaraba obscuridades y ensanchaba los caminos para un nuevo despertar. En su corazón entraba el anhelo de acariciar las cosas de la materia ardiente y la fuerza del viento que llena de agua el cántaro para

mitigar la sed. Alguien se escondía en sus venas con estremecimiento de bondad, ternura y amor queriendo iluminar el mundo.

Arriba en la colina, mientras Andrés Ramiro jugaba con su perro, el gorrión cantaba, revoloteando en el aire y bordeando los bosques:

*Desde el árbol voy al cielo,  
pío. pío. con mis hojas;  
la luz copia mi alimento  
cuando yo desciendo al suelo.  
Pío, pío, vuelo lanío,  
tanto vuelo, pío. pío  
por los surcos y sembrados,  
por los bosques... todo es mío.*

Andrés Ramiro quedó maravillado al escuchar el canto del gorrión. Qué importaba la tarde sobre el suelo rojo y gris, si el día dejaba su cansancio.

Se abrió la mañana y Andrés Ramiro escuchaba un pequeño ruido: Sas! Sas! sas!... El perrito atento sin ladrar daba vueltas en las sombras... Andrés Ramiro se acercaba hasta el gorrión que presuroso volaba entre las hierbas.

Después de contemplar las aguas, miraba a cortísima distancia a un

gorrión que al borde del río le miraba cariñosamente y luego volaba hacia la parte más alta de la colina.

Eran cortos los minutos de estada. En la colina se escuchó que suplicaba al sol de la colina un pedacito de sol. Dicho esto el sol intocado manchaba de rojo el borde del río.

Y habló el gorrión:

- Andrés Ramiro, te regalo ese pedacito de sol que estuvo sobre las aguas.

Y voló el gorrión rastreando el agua.

Andrés Ramiro que apenas tenía cuatro años, soñó y soñó con ese pedacito en su mano.

Y fue hacia el gorrión para agradecerle con esa intensidad de gran altura y una flor de gran aprecio sobre las hierbas.

Corrió Andrés Ramiro por las piedras y los caminos de las colinas. Le miraban las ovejas, las vacas y los perros. La mariposa asustada le dijo:

- Andrés Ramiro estás feliz, el gorrión te dio un pedacito de sol. No serían mis colores los que se reflejaron en el agua?

Y la mariposa voló y voló entreabriendo cristales y sombras.

Admiro tu belleza, admito tu libertad y tu forma de vivir frente a las cosas. Con tus colores y agilidad viertes mucha alegría a la floresta.

Yo evoco tus colores cuando se impregnan en el rostro de las cosas, decía Andrés Ramiro.

En esos instantes escuchó el ruido: Sas! Sas! Sas!. Era el gorrión que miraba con cariño a Andrés Ramiro, quien confuso observaba a las ovejas, vacas y otros animales.

La mariposa regresó y jugaba con Andrés. A su alrededor se notaba claramente la sonrisa del valle, el río y la colina... Palpitaba la esperanza... y hasta pudo mirar Andrés cómo la mariposa se recostaba entre las hierbas con ese silencio parecido a la respiración de la aroma de las frutas...

Sas! Sas! Sas! el gorrión estaba junto a Andrés Ramiro. Así de puntillas

**bajó al borde del río. Sas! Sas! Sas!.  
Sensible y amoroso desvanecía en  
su pico el pedacito de sol después  
voló y voló llevando en el aire  
suspiros azules y rojos.**



**Pasaron los días y los abuelos de  
Andrés Ramiro le conversaron que  
las vacas daban más leche y que los  
sembrados producían mejor.**

**Andrés Ramiro aclaró que así  
debían suceder por cuanto las aves,  
los insectos, le acompañaban y  
jugaban con él.**

**- El gorrión amigo me da pedazos  
de sol, la mariposa juega conmigo y  
sus colores se reflejan en las cosas;  
las vacas y las ovejas sienten mucha  
alegría, la espiga se inclina cuando  
se recuesta la mariposa; y, debajo  
del agua están pedacitos de sol.**

**Los abuelos sonrieron y los suspiros  
resbalaron por sus ojos. Acaso decía  
el abuelo, con la presencia de  
Andrés las cosas tienen mejor  
forma o será que nuestro río está  
encantado.**

**De pronto, los ancianos vieron al**

gorrión que iba al borde del río. Parecía un leve temblor en las orillas. Luego un sutil oleaje estremeció alzándose en pequeñas espumas agitadas...

A la mañana siguiente Andrés Ramiro, bajó al río y observó a su amigo gorrión que se hundía y levantaba la cabeza y paseaba su mirada entre los árboles. Con sinuosos movimientos se elevó en el aire ondulando su cuerpo.

Mientras volaba el gorrión, el sol se agitaba en el agua. El color azul se volvía rojo y amarillo, las hierbas se ataviaban de otros colores.

Andrés Ramiro escuchó pequeños estallidos al borde del río y temió que su gorrión se muriese. Angustiado se acercó y miró que el gorrión le invitaba a la colina.

- Ven Andrés, pondré en tu mano algo hermoso.

- Otro pedacito de sol? dijo Andrés Ramiro.

- Es un hallazgo, señalará mucho para tus abuelos y para ti. repuso el gorrión.

- Habla y aclárame gorrioncito.  
parece que algo me ocultas.

Por los caminos angostos de la colina se derramaba un aire fresco, daba la impresión que las luces del sol se hospedaban en las sombras o que la esperanza sonaba en el azul. El gorrión empezó a cantar:

*Pío. pío. vuelo tanto,  
tanto vuelo, pío, pío,  
por los surcos y los ríos  
por los bosques y sembrados.  
Todo es mío para todos.*

Al primer impulso de emoción, el gorrión se acercó y de su pico soltó en la mano de Andrés un pedazo de oro.

Juntos fueron donde los abuelos y ellos quedaron absortos.

Pasaron los años y en algo cambió la vida de los campesinos. Desde entonces se ve a Andrés rodeado de aves y animales. Hay escalas de luz descendiendo en sustancias y el peso del gorrión flotando en los aromas, en los surcos y en las espigas.

La luz del sol vierte alegría, las mariposas y los gorriones juegan

con los niños, entre árboles y fuentes. Hay estallidos de luz en la cubierta de las casas; y, una esperanza altiva como fuerza soberana, constante y pura, se riega en la sangre de los habitantes y en el trabajo iluminado que amasa el pan de cada día. De allí nacen las realidades y los sueños.

# Sumag y las Gallinas



**S**ucedió hace muchos años, tiempo en el que reinaba la tranquilidad y los niños corrían libres. Esplendor de tierra y aire. Por los árboles y riachuelos andaban lobos, las leyendas resonaban en la distancia y las aves con esa alegría antigua recorrían las sementeras abriendo con sus cantos la soledad rosada.

El valle tenía una laguna y desde la colina se la miraba más azul. A su alrededor vivía la princesa india. Cultivaba maíz y otros productos con los cuales alimentaba a su hija de quince años que muy poco ayudaba a su madre en los quehaceres domésticos.

Sumag que así se llamaba la hija, era silenciosa como el delgado hoyo del maíz o del surco. Tenía su rostro la vaguedad ardiente del fuego de los bosques. Su sonrisa buscaba en la laguna luceritos o el semblante de los árboles. A veces, cantaba:

*" Yo quiero de la luna  
la sonrisa de plata  
y de la aurora azul,  
el canto de las aves".*

Un día llegó Urania de un lejano país. Ocupó el otro lado de la laguna. Decidió también cultivar productos de clima frío para alimentarse.

El semblante de Urania parecía de oro y tenía el aroma del espacio y de la luz infinita. En su mirada guardaba cofres de astros distantes. Los viajeros le respetaban por su sabiduría.

La mirada secreta de Urania buscaba celestes alturas. Varias tardes se alejaba con el crepúsculo, adelgazándose en la distancia y enrollándose en las montañas. Algo misterioso sucedía cuando ella pasaba. Las plantas florecían aprisa y ardían las azules arterias de los árboles.

Sucedió hace años...

Un día se acercó Jichana, la princesa india y conversó con Urania sobre su hija. Supo entonces Urania que Sumag desde hace pocos años atrás no se levantaba

pronto. Dormía demasiado y los trabajos del día pesaban mucho en el cuerpo de su madre. Ella necesitaba de su hija para preparar la tierra que habría de plantar, cuidar, deshierbar y mantenerla hasta la cosecha.

Sumag vivía triste no solo por la muerte de su padre. Algo más le sucedía. Acompañada del silencio le dominaba un deseo excesivo de dormir; inclusive, lo hacía durante las tardes a orillas de la laguna.

Urania escuchó las experiencias de Jichana, la princesa india, y del mal que adolecía Sumag. Sonreída y espantando a las gallinas y aves de corral, ofreció conversar al día siguiente.

- Sumag, debes levantarte pronto para limpiar la casa.

Mañana nos visitará nuestra vecina Urania.

- Sí, madre, así lo haré, fueron sus palabras.

Pese a todo, la tardanza de la muchacha se repitió.

Urania, pensó que Sumag no se

levantaría y decidió acudir pasado el mediodía.

La princesa india y Sumag recibieron a Urania. Muchas cosas nacen en los ojos. Urania miró los ojos de las gallinas y aves de corral. Esa mirada intensa hubo de resplandecer la casa.

Sumag miraba a Urania entreabriendo la firmeza de su alma entristecida. De Urania salió un perfume de astros perdidos y la ternura se prendió en el rostro de Sumag. En la tarde y luego cerca de la noche flotaban sonrisas y las aves con inquietud de nubes iban a sus nidos.

Desde entonces, Sumag se levantaba muy por la mañana. La aurora respiraba en su rostro al compás del canto del gallo que lo despertaba revestido de rocío y alegría.

Esto sucedió hace muchos años, en la infinita soledad de un astro perdido en la laguna, donde Jichana, la princesa india escucha por las noches el latido del alma de su esposo.

En cambio Sumag, con el cantar

del gallo, tiene la costumbre de levantarse muy por la mañana a ayudar a su madre, repartiendo trabajo y ternura por todos los contornos de la laguna azul y de la tierra que les alimenta diariamente.

Fue Urania quien permitió que las gallinas y otras aves no vean durante la noche, debiendo apenas oscurece, dormir para levantarse muy temprano, junto a la aurora. Por eso escuchamos el canto del gallo y de otras aves cuando aparecen los primeros rayos del sol.

# Cuento Infantil de Navidad



sto fue hace pocos años, en el tiempo de luces, máquinas, regalos y alegrías. Faltaban dos días para Navidad. Había pobreza y miseria. Cada quien andaba por las calles en busca de sorpresas. Los niños miraban las vitrinas y en las luces imaginaban las nuevas rutas y en el agua recogían estrellas.

Los árboles de Navidad cubiertos de luces, campanitas, estrellas, bombillos y otras figuras unen a la familia. Los niños extraen del corazón nuevas esperanzas y sacan como si fueran hermosos objetos sus ilusiones a la ventana.

En el barrio, Juan José anhela un árbol, junto a otros niños. Muchos han dejado en la casa los árboles propios, las computadoras y numerosos objetos. La ilusión de todos apareció tibia y en ella se mecieron las inquietudes del día.

Juan José, decidió solicitar al padre de Ernesto consintiera salir de paseo cerca del monte. Luego de las minuciosas explicaciones los

amigos avanzaron y a su modo tomaron la cuesta. No hubo fatiga, iban por árboles pequeños, musgos y otros adornos que se les ocurriera recoger.

Sol, viento, agua, chozas y casas abandonadas pasaron por sus ojos. De pronto, entre vestigios de unas ruinas salió un anciano, quien con los ojos parecía apartar las sombras. Hacía mucho frío y los niños le miraron con inquietud y sacudiéndose del viento helado, le saludaron.

Con voz suave y confianza el anciano les ofreció entrada.

"Habéis llegado a Chiri-urco: sí. al páramo, dijo el anciano. "Pidan cuanto quieran. Aquí está el palacio o capaghuasi; mis hijos les ayudarán".

Y salieron algunos niños alegres y sonreídos a ofrecerles grano molido. Sus pies desnudos se detenían a recibir el viento y el sol. En sus manos se contenían los abrazos. Solamente la majestad del anciano limpiaba el horizonte con su mirada de eterna cordillera.

Juan José, midió la distancia y

pensó no haber andado tanto. El capaghuasi o palacio del anciano parecía que estuviera distante, muy lejos de la ciudad. Entonces dijo al anciano:

"Venimos a pedirte un árbol de Navidad".

"Todos estos árboles grandes y pequeños son tuyos. Son hermosos porque los muertos -nuestros antepasados- los alimentan. Miradlos se van hasta las nubes y los pequeños abrazan nuestros cuerpos.

Y relató el anciano que hace mucho tiempo los shyris, señores del gobierno y los huilla-umasacerdotes- sobre la base del sistema lunar, adoptaron un calendario llamado tatqui pachapag, según el cual, en el duodécimo mes, denominado pachac-manarima, pedían a Dios y a sus mensajeros muchos favores: paz, salud y buen tiempo. Solamente después de gozar de estos favores y totalmente tranquilos miraban como la luz del cielo hacía sembríos de estrellas, florecían las plantas de los páramos y los árboles se extendían en cada claridad.

Añadía el anciano que por estos tiempos ellos ayunaban y descansaban. La pureza del alma y del cuerpo demostrada, imprimía satisfacción en el rostro de Pachacámag. Luz, descanso y reilexiones son raciones de agua que bebe el Dios. Los árboles y las plantas con su fresca ternura nos entregan sombra, salud y vida. Ellos nos abrazan con honda ilusión de cielo.

"Sabes mucho le dijo Juan José al anciano y se acomodó para darle la mano, lo propio hizo Ernesto".

El anciano replicó "no saber tanto y si algo conocía era por la luz de la experiencia. Por este páramo existen algunos May Yachag o sabios".

Desde entonces los niños le llamaron al anciano May Yachag, es decir, sabio.

May Yachag y sus hijos les regalaron el árbol: pequeño pino muy conocido por todos. El momento que el árbol fue a manos de Juan José, recibió una sensación extraña y se inquietaron gorriones, ovejas, asnos, bueyes y vacas. Toda la región estuvo alegre, con esa

alegría adolescente que devolvía con brisas las cosas más sencillas. Muy cerca la vaca y el buey con su antigua costumbre repasaban el pasto y escuchaban del viento alguna oración bajo la misma estrella y la misma cordillera blanca. Era un cuadro azul que enseñaba en la nieve la inocencia fugaz y en las gotas de luz que caían sobre la tier a oscura se aprendía la solidaridad humana. Y allí en los páramos los niños jugando entre los leños miraban reflejarse la nieve dentro de los árboles.

Juan José y Ernesto resolvieron bajar a la ciudad. May Yachag ofreció acompañarles. Los niños vieron acertada la decisión y juntos caminaron, caminaron y caminaron. Llegó el árbol y los musgos, cactus y otras plantas del páramo.

Juan José reunió a los niños del barrio. May Yachag, con amor, paz y solidaridad, plantó el árbol y saludó a los niños con canciones y regalos: tandas o panes sabrosos, maíz tostado, ocas e hizo una estrella con la planta de chuquiragua.

Desde ese momento los niños le quisieron más a May Yachag. En vez de bombillos y otros adornos

enriquecieron al árbol con plantas del páramo y de la región. Uno de los niños dibujó la imagen de May Yachag, en lugar de Santa Claus o San Nicolás y adornaron con esa imagen el árbol de pino. Otros niños dibujaron en pequeños papeles, llanuras, caminos, árboles, fogones, arados, aves, chozas, cerros y el agua que alegra las pendientes. Los pequeños dibujos colgaron en el árbol con amorosa ilusión de campana.

El hombre de nuestra historia, esa tarde vísperas de Navidad, después de plantar el árbol y adornarlo se fue. ¿Hacia dónde iba si todos los niños lo buscaban? Y partió al páramo lleno de alegría con su cuerpo inalcanzable, con su voz nevada, con sus pasos de viento, con su aliento de gorrión, su evangelio azul de ternura, su sonrisa de maíz y cebada, con esa promesa de fruto entregada a quienes miraron la montaña.

Y pasaron los años y pasaron los años. Y vinieron nuevos niños y el anciano May Yachag. regresaba siempre por Navidad. El árbol no creció, permaneció pequeño y verde.

**Desde aquel día de la primera llegada, todos los niños del barrio adornan el árbol con figuras y adornos del páramo y de la región.**

**La estrella de chuquiragua cambia y sus formas se vuelven alas, sus partes duras se hacen plumas y entre luces naturales adquiere el color del picaflor.**

**May Yachag, vive con los niños en Navidad y muchos piensan que de sus barbas, de su pelo negro, de su poncho y de su bastón de eucalipto, nacen en cada Navidad: flores, cataratas, luces y en sus huellas están trazados los mejores caminos que llevan a los niños a vivir la realidad y a vivir sus sueños y esperanzas.**



# Fabián y el Pastorcito



Los sábados José, Carlos y Fabián Miranda, iban a reunirse con los amigos del barrio, para lo cual pedían consentimiento a su padre. La última vez decidieron salir de casa sin avisar a nadie. Tan pronto llegaron al lugar de sus travesuras y juegos, comenzaron a organizar el consabido partido de fútbol.

Efraín, muchacho decidido y travieso que se llevaba estrechamente con los tres hermanos Miranda, propuso a José y a Carlos, ir al campo a recoger frutas.

- Saben, exclamó de repente. Yo sé de un huerto no muy distante. Por ser sábado los dueños no están en casa. Salen de compras y regresan a la tarde. Allí podemos servirnos tranquilos lo mejor.

- No Efraín. replicó Carlos. Puede caernos la noche y nuestros padres nos darán de latigazos.

- No se preocupen, el lugar es

cercano. Mas por las dudas debemos dejar a Fabián, todavía es pequeño, insistía Efraín.

- Me opongo, Fabián es veloz y muy vivo, tenemos que llevarlo, dijo José con voz fuerte.

Esto intrigó a Fabián.

Carlos, el mayor de los hermanos, encaminó a su hermano menor a la casa. Y a las dos de la tarde se trasladaban al huerto: Efraín, Carlos y José.

El huerto, en verdad, se hallaba a poca distancia de la ciudad. Algún tiempo caminaron. El sol fuerte de la tarde no les producía cansancio; pues, sus nueve, diez y once años, edad de aventuras y diabluras, apenas enrojecía los rostros. Atrás quedaban los verdes potreros y el ruido de las casas aglomeradas. Adelante un silencioso y claro horizonte, al fondo del cual se divisaba una enorme quebrada. Antes de llegar a ella, había un sendero ancho que daba al huerto generoso. Temblorosos y asustados, mirando a todas direcciones treparon los muros hasta caer dentro de los frutales. Como nada se oía a los alrededores, los niños

comieron y recogieron muchas manzanas, peras y Claudias. Solamente el rebuzno de un asno inquietó a los muchachos. Resolvieron salir a descansar lejos del huerto.

- Nada nos ha pasado. Hemos comido bastante y tenemos algo que llevar, decía Efraín.

A poco rato José se retiró a los matorrales, dejando sus frutas a la sombra de un árbol. Tan pronto regresó dijo a Efraín.

- Tú te has cogido mis frutas. Mira están pocas.

- No sé, yo estaba junto a Carlos, añadía Efraín. Deben haberse caído en el camino. Vamos pronto. A la llegada te daré unas pocas.

No habían andado mucho, cuando los niños oyeron un tropel y vieron que un jinete se acercaba a toda velocidad.

- El dueño! El dueño! Gritó Efraín.

Arrojándose a un escondite, atemorizados, pudieron observar a un hombre extraño que se dirigía a la quebrada. Con el ánimo sereno.

pero presos de gran curiosidad, los niños se dirigieron por la quebrada. Desde una prudente altura contemplaron unos muros. Descendieron al escondite. Miraron a través de las hendidias del portón a tres hombres corpulentos y feos. Sus rostros eran penetrantes, con abundante barba. Presos de desesperación y miedo, los tres niños se miraron fijamente como queriendo huir. Subieron lejos del muro y al querer salir. Efraín hizo rodar una piedra grande en forma casual. El ruido confundió a los hombres y antes que los muchachos huyeran, aquellos les alcanzaron.

- ¡Enciérralos! Bociferó el capataz.

Otro con sonrisa irónica preguntó:

- ¿Por qué nos han seguido?

Efraín. apenas pudo balbucir. no...no.... y recibió un fuerte empujón. Carlos quiso reaccionar, pero las manos fuertes del capataz apretaban sus brazos. Y en medio de horribles carcajadas fueron encerrados en una habitación húmeda donde ninguna luz filtraba. Habían llegado al escondite de unos ladrones, seres hechos para la

brutalidad. Ruidos repentinos se escuchaban en medio del ocaso.

- Qué esperanza, decía Efraín, mientras los otros lloraban.

- Qué dirán nuestros padres, cómo avisarles. Estos ladrones nos matarán, añadía Efraín.



Allá, lejos del escondite, entre piedras y arbustos secos, asustado y lloroso ascendía por el desfiladero. Fabián había seguido a sus hermanos. Estaba agotado. Sus piecitos apenas querían escalar. Recordaba las caras de aquellos hombres extraños. El cuarto en donde encerraron a Efraín y a sus hermanos estaba dividido por un enorme pozo. Su misión era caminar pronto hasta sus padres. Pero sus ojos se cerraban de desesperación, su rostro se mezclaba con las sombras de la noche, en estas circunstancias vio descender en medio de las nubes un rostro. Pasó y repasó sus manos por los ojos y se sentó. Cabizbajo, pensó en grandes castillos e imaginó que su padre llegaba entre las nubes. Su mente no divisaba el

escondite tapado de grandes puertas. Sólo las carcajadas de los hombres extraños se perdían en sus oídos.

Cuando despertó vio a su lado a un pastorcito. Fue hasta su casa situada al frente del escondite. Allí relató Fabián lo sucedido.

- No te aflijas. Duerme tranquilo. Mañana veremos qué hacer, decía el pastorcito.

- Pero tengo que ir donde mis padres y tú me ayudarás, repetía Fabián.

- Espera, yo me encargaré de sacar a tus hermanos. No sabes cuánto deseaba castigar a esos malvados que roban en la comarca. A mí no me dejan las ovejas.

Al día siguiente, el pastorcito se levantó muy por la mañana antes que salieran los ladrones. Hizo adelantar a sus carneros para pastorearlos en las quebradas y caminos. Abandonaron el lugar, deslizándose por sitios escogidos. El sol de la mañana se extendía por las rocas distantes. Llegaron muy cerca del escondite. El pastor indicó a Fabián cómo debía bajarse

silenciosamente y penetrar al escondite. Fabián cumplió al pie de la letra los consejos dados. Por aquella casa pasaba una acequia. Al pie del tapial había un orificio, cuidadosamente penetró mojándose. Tan pronto salió corriendo a abrir la puerta por donde tenía que entrar el pastor.

Después de pocos minutos la bulla de los carneros despertó a los ladrones, quienes arremetieron con sus grandes palos. Más los animales embistieron con sus poderosas cabezas. El capataz recibió un topetazo en la parte de atrás que directamente fue a dar dentro del pozo. Los otros quedaron desmayados por los fuertes topetazos de los carneros. El pastor haciendo un esfuerzo sobrehumano logró arrojarles al pozo. Los tapó y fue a sacar a los muchachos junto con Fabián.

Luego de la dura faena, los cinco dejaron a los carneros en la quebrada y se trasladaron a la ciudad. Los padres les recibieron disgustados por desobedientes; pero el pastorcito les relató las dificultades que habían atravesado y pidió que las autoridades apresen a los ladrones.

Al día siguiente, el pastor y Fabián, fueron objeto de una gran fiesta, en la que los padres y el barrio entero premiaron a los dos muchachos por el buen gesto, la ayuda y el valor demostrados en bien a José, Carlos y Efraín.



**Pequitas**

**y los**

**pájaros**

**E**n el barrio lleno de huertos y pequeñas sementeras vivía Juan. Las tardes al llegar de la escuela iba a cazar pájaros. Su madre sabía que su hijo gustaba salir de casa y luego de una hora le entregaba dos o tres pájaros para que su madre los preparara. Era su golosina favorita.

Siempre reconvenía la madre a Juan. La alacena estaba llena de frutas, carnes y dulces. No tenía por qué cazar pájaros. Inclusive, le indicaba su padre, cómo estas avechitas son útiles para los campos; sin embargo, Juanito con dos o tres amigos, seguía en sus locas travesuras.

Tanto exploraron los contornos del barrio que decidieron salir a otros sitios. Los pájaros de aquel lugar no les daban la oportunidad de antes. Una tarde Juan y su primo apodado "Pequitas", por su cara blanca llena de manchas en la nariz y cerca de los pómulos, fueron a otros sectores.



Con aire risueño anduvieron sobre el verde pasto y la tierra negra. A cada paso miraban los árboles y en sus ramas oían cantar a muchos pájaros, los mismos que volaban en todas direcciones. Algunos salían como flechas y se remontaban al aire; otros revoloteaban sobre la superficie de la tierra y desaparecían a las cimas.

Quedáronse cerca a una casa abandonada entre árboles y sementeras. Las piedras de sus catapultas comenzaron a caer oportunas y certeras sobre los pájaros. Las tórtolas asustadas volaban a los eucaliptos. A poca distancia los perros ladraban.

Juanito llamó a "Pequitas".

- Mira le llegué a ese pequeño. Corre tras! Va en dirección a esa casa.

"Pequitas" corrió en busca del pájaro herido. En tanto Juan fue a recoger otro pajarillo.

"Pequitas" anduvo hasta la casa abandonada. Entró de puntillas y con todo cuidado. Miró por los agujeros. Con miedo traspasó los umbrales. Temblando se acercó a

un cuarto y se asustó al mirar a un pastor gigante. Quiso salir corriendo, mas el gigante le dijo:

- Ven, ¡mira al aire!

"Pequitas" tenía los ojos desesperados y de vez en cuando miraba las manos del gigante pastor: otras veces cabizbajo sentía que el corazón le salía por la boca.

- No tengas miedo. A tí y a tu amigo les gusta los pájaros.

- Mira al aire. No te haré daño alguno porque mucho quiero a los niños.

"Pequitas" pudo mirar arriba y vio sorprendido que al pájaro aquel le traía otro más grandecito.

- Ves amigo ese acto de misericordia. Toma este anillo forrado con plumas de esas aves. Cógelo y llama a los pajaritos.

Así hizo "Pequitas". Los pájaros llegaron hasta sus manos.

- Es tuyo este anillo dijo el pastor gigante. Si quieres úsalo, no para matarlos sino para quererlos y ayudarlos. Ellos conocen y sienten

el daño que los hombres pueden ocasionarlos.

- Ahora, corre donde tu amigo. Te espera impaciente.

El pastor lanzó con cariño a "Pequitas" por el aire y llegó al lindero entre plumas y nubes. Asustado buscó a Juan y lo encontró cerca de su barrio.

• • • •

Al día siguiente relató "Pequitas" lo sucedido. No lo creyó. Entonces decidieron viajar a la casa abandonada. En el trayecto Juan lanzaba las piedras de su catapulta. Su primo le empujaba. Pasaron los senderos hasta llegar a una pequeña planicie. La casa estaba allí escondida tras unos árboles, llena de misterio. "Pequitas" insistía a su primo Juan que le siguiera más rápido, mas. éste apoderado de miedo no quiso entrar. "Pequitas" le cogió de la mano y avanzaron a la habitación.

De improviso Juan se asustó viendo al gigante pastor que dormía su sueño tranquilo, y más aún. cuando

los pájaros revoloteaban alrededor de la casa.

- Vamos "Pequitas", vamos! Decía Juan lleno de terror y angustia.

Pocos minutos después salían corriendo. A lo lejos oían la voz del gigante que gritaba:

-¡Mirad muchachos! Os espero mañana para jugar con las aves!

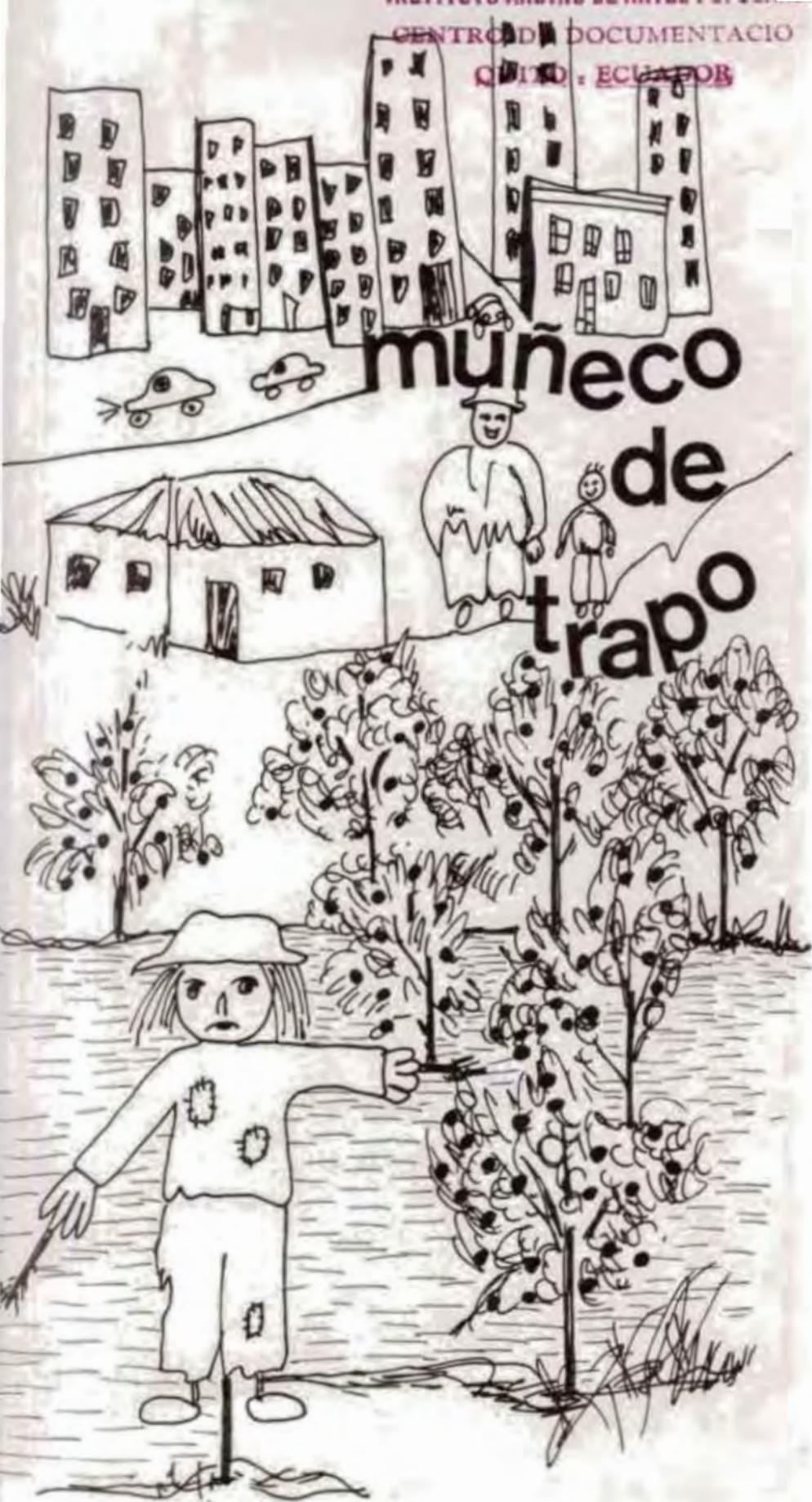
Juanito se desmayó del susto. Luego llegaron hasta el barrio, cansados y nerviosos. "Pequitas" antes de entrar a la casa le dijo a Juan:

- Juanito! Quieres pájaros, yo te daré. Sacó el anillo y enseguida llegaron muchos pájaros a su alrededor. Cógelos! Cógelos! Cógelos Juanito, insistía "Pequitas".

Juanito comenzó a sonreír frente a su primo. Desde entonces iba a los huertos, jardines y parques a cuidar que los niños como él no mataran a las avechitas indefensas.

*"Descuidar el hecho de una literatura poética que basa en sus relatos maravillosos el encanto de la novelación, es no entender la intimidad espiritual del niño, pues las cosas existen o no, para los niños en la medida que sus imaginaciones abiertas a la claridad poética del conocimiento, las acepten como existentes o no existentes". (Jesualdo).*

# mñeco de trapo



**A** pie de la ciudad llena de rascacielos, había una casa pequeña donde vivía la familia Iriarte. El jardín era amplio y para aprovecharlo, los esposos decidieron plantar mandarinas y así aprovechar el clima de la región.

Pedro el único hijo, cuidaba del jardín y de los árboles de mandarina que iban creciendo.

Padre e hijo dialogaban. Decía el padre:

'Tú madre y yo te agradecemos por dedicarte al cuidado de estos pocos árboles. Ellos te darán todo lo que quieras: frutas, sombra, frescura, humedad, pureza de aire, recreación''.

- Sí padre, me gusta. En la escuela domino las ciencias naturales. Seguramente por eso tengo actitudes y hábitos relacionados con la naturaleza y sus componentes, contestó Pedro.

- Si hijo, cuántas veces, las nociones elementales de esta materia y otras investigaciones, sobre los procesos de producción, enseñan a vivir. Acaso estas actividades son lo más dulce y lo más digno del hombre libre. Solo quienes labran la tierra son los que más cerca están de Dios.

- Así es padre, experimentar en estas cosas, pienso que es una actividad hermosa y debe operar cuando sea menester. Apenas, nuestro espacio de tierra es muy reducido; sin embargo, me ocupo de ella los momentos más oportunos.

Y pasó el tiempo... Los árboles comenzaron a producir las deliciosas mandarinas.

Una noche en avanzadas horas, don Juan Iriarte y su hijo Pedro escucharon ruidos y movimientos de gentes. Con prolijidad descubrieron que algunos muchachos trataban de robar las mandarinas.

Se llevaron tremendo susto y decidieron gritar. Al oír los gritos los ladrones se hicieron humo. Trascurrieron algunas semanas.

entonces el padre, a pesar de la corta edad de su hijo, ordenó que Pedro cuidara las mandarinas, fruta exquisita de mucha apetencia.

Una noche que los ladrones visitaron el lugar, Pedro se quedó dormido. A la mañana siguiente los tres árboles de mandarinas quedaron limpios por los dueños de lo ajeno. El padre aconsejó a su hijo de once años:

- Sé que eres pequeño, pero debes haberte descuidado. Procura permanecer atento en otra ocasión, dijo molesto el padre.

- Me venció el sueño, hice lo posible por mantenerme despierto, algo deben haberme dado los ladrones, contestó Pedro.

Después de varios meses nuevamente florecieron los árboles, entonces el padre decidió cuidar en persona.

Las noches llegaron una tras otra y los dueños de lo ajeno no aparecían. Hasta que vino la hora precisa. Juan entre dormido y despierto percibió un olor raro, pues, pese a sobreponerse no pudo controlar su voluntad. Los ladrones

se llevaron la mayor parte de mandarinas.

A la mañana siguiente, el padre furioso contra sí mismo, reflexionó y conversó con Pedro. Tuvieron muchas ideas, pero ninguna parecía dar resultado. Juan, colérico decidió derribar los árboles para sembrar otras cosas...

Pedro le indicó un muñeco de trapo y dijo que podría revestirlo de algunos colores y en la barriga ubicar una grabadora; inclusive, ofreció estudiar la forma de lanzar clavos pequeños a manera de bodoquera...

Varios meses trabajó Pedro la idea, hasta que un día padre e hijo se pusieron a experimentar con la ayuda de un amigo que había confeccionado los mecanismos e instrumentos al muñeco de trapo. No obstante, ni por las continuas operaciones dio resultado alguno.

Tantas veces ensayaron que pensaron en desistir del caso.

Una noche, cuando las mandarinas estuvieron maduras, se quedaron los tres cuidadores decididos a trincarles a tres jóvenes del barrio.

Por investigaciones del pequeño Pedro, se rumoreaba que eran los muchachos del barrio.

Aconteció lo mismo, los tres cuidadores percibieron el olor penetrante de alguna sustancia y los ladrones hicieron su agosto.

Héctor, que así se llamaba el amigo de Pedro, decidió consultar a su profesor de química. Pasados algunos días, el maestro le entregó una sustancia que podía contrarrestar a la de los jóvenes ladrones.

Felices los tres, entre otras sentencias grabaron la siguiente canción:

Nuestras ricas mandarinas no se llevarán ladrones! pues, atrás de sus calzones les pincharemos con clavos y sus gruesos pantalones mojarán con sus orinas.

En efecto, cuando maduraron las frutas, varias noches acomodaron al muñeco de trapo con el mecanismo total. Tanto habían experimentado que hasta la bodoquera funcionaba con precisión. Las conexiones eléctricas dieron buenos resultados.

**Cansados de tanto esperar a los ladrones, el padre de Pedro dijo que esto parecía un pasatiempo. Duele habernos preparado tanto; pues, no llegan los ladrones.**

**Cuando estuvieron pendientes del asunto, se escucharon voces pasadas las doce de la noche. Sin más reverencias sino cuidados especiales, la voces y murmullos levantaron el vuelo.**

**Don Juan hubo de reconocer y sin más ni más decidió irse a dormir con Pedro y Héctor.**

**Luego de algunas horas, el padre oyó de nuevo los murmullos; entonces, como antes había esparcido la sustancia ofrecida por el maestro de química, ya no surtió efecto la de los ladrones.**

**Acto seguido, mientras los ladrones comenzaron a subirse a los árboles, el muñeco de trapo funcionó a las mil maravillas. No se libraron, los objetos punzantes dieron en el blanco y todo fue una risa enloquecedora.**

**Juan iba y venía de un lado para otro diligente y ufano, esperando llegara la policía. Se iba y venía, ora**

mirando al muñeco de trapo, ora con alguna inquietud sobre los ladrones. Luego les calificó de demonios y recitaba los versos de la canción, en tanto los ladrones con sus ojos húmedos y rencorosos, demostraban rabia.

Uno de los ladrones completamente descompuesto, expresó que se vengaría. Luego insistía con desparpajo y arrogancia sobre lo mismo. Mas, cuando llegó la policía bajó la cabeza dando la sensación de poderío.

Juan, Pedro y Héctor les vieron marcharse. La madrugada avanzaba y Juan decía a su hijo y a Héctor:

- Cuando sean mayores, tendrán tanto que conversar. Recordar estos momentos significará para ustedes reconocer el ingenio. En efecto, la voluntad de vosotros conservará la altivez en las adversidades y desdichas. Vosotros comprendéis que el ánimo tiene una energía capaz de levantar la piedra más enorme.

A las seis de la mañana Juan, Pedro y Héctor se trasladaron al jardín y vieron las mandarinas y las encontraron más sabrosas que

**antes.**

**Desde entonces, muchos vecinos y amigos acuden a mirar el mecanismo del muñeco de trapo que cambia de colores, repite la canción; y, de vez en cuando funciona con su especie de bodoquera. Juan y Pedro sonreídos miran con ojos alegres las mandarinas. Los vecinos del barrio siguen mirando al muñeco de trapo y tienen la certeza de las buenas intenciones. Más, cuando le oyen y miran funcionar cierran los ojos y aseguran la respiración. Los niños le retienen en su corazón al muñeco de trapo como el mejor amigo que les cuida y les protege.**



**Luis**  
**y sus**  
**máquinas**

**E**n una ciudad llamada Cosmonia, metrópoli llena de industrias, empresas, avenidas, transportes de tierra, aire y agua, anuncios llamativos, todo era confusión. Lejos estaban los bosques, miradores, praderas, pastos y arroyos acariciando el firmamento. En una de esas avenidas, vivía la familia Sotomayor. La casa tenía todas las comodidades. Luis, el padre era un famoso banquero, su esposa Adriana, cuidaba a sus dos hijos: Luis Alfonso y Erika de diez años y siete, respectivamente.

Luis Aníbal, el padre disponía en su estudio de obras técnicas, computadoras y otros ordenadores y elementos audiovisuales que animan y permiten experimentar y ofrecer respuestas y cálculos inmediatos. Allí el padre ensayaba una serie de trabajos del banco. Cada día observaba su hijo la labor de su padre y miraba la colección de ordenadores y computadores con excitación y ganas de manipularlos.

Luis Aníbal, al ver que su hijo se mostraba inquieto por practicar, fue enseñándole cada día. En varias ocasiones no se equivocaba ni en los mínimos detalles. Demostró destreza, prolijidad y perspicacia.

A las preguntas del padre. Luis Alfonso evidenciaba las enseñanzas sin mayores esfuerzos. Tan pronto llegaba de la escuela, con o sin la presencia del padre, Luis profundizaba el trabajo en las computadoras.

Adriana, su madre, le decía: "Luis, durante meses no has tenido otra distracción que pasar durante horas y horas en el estudio de tu padre, manipulando las máquinas.

- Así es madre, me gusta trabajar y practicar en ellas; mi padre me ha facultado, replicaba Luis.

- Sí. Luis, me llenas de orgullo, sin embargo debes ordenar tu tiempo para otras actividades.

Algunos momentos. Luis se acercaba a la ventana y miraba y escuchaba las risas y gritos de sus amigos escolares que se divertían de ío lindo en horas de viento fresco y sol, sobre espacios verdes.

**Miraba además las casas bajo el inmenso azul de Cosmonia y en sus calles el movimiento inusitado de personas. Pero su vida estaba en las máquinas; sabía que su padre se sentía feliz al verlo practicar.**

**En la escuela también le enseñaban computación y Luis constituía el ejemplo de la clase. La mayoría de compañeros le miraban y le admiraban y otros sentían envidia. El profesor que poco conocía de la materia, abrazaba a Luis, al verlo tan aplicado.**

**- Debes distraerte, decía el maestro.**

**- En algún momento lo haré replicaba Luis Alfonso.**

**El profesor precisó frente a Luis:**

**- Las distracciones son diferentes, según los casos: para unos son viajes, para otros son prácticas deportivas. Para los entendidos son cosas sin importancia; para ti deben ser momentos de esparcimiento, tu corazón vierte ternura y es necesario evitar que la inteligencia sufra creciente desgaste. El equilibrio en el ser humano es viento fresco y amigable**

que vitaliza y guía en los caminos.

Entre sonreído y serio, Luis agradeció al maestro.

- Es agradable mi trabajo y en él miro solo las estrellas y siento fuertes vientos. A veces miro con nostalgia el ambiente de la ciudad: espantosa, sucia, mojada y al experimentar en mis máquinas me lleno por completo de satisfacción.

• • • •

El padre al mirar a Luis tan solo, resolvió invitar a continuos paseos a su familia, especialmente, los días sábados y domingos.

Así sucedió, Luis demostró felicidad, mas, poco a poco fue disminuyendo.

Al comienzo las salidas fueron espléndidas, luego, su pensamiento seguía regulado por los cálculos. El padre se sorprendió, temía haberse equivocado al conducirlo hacia las máquinas ordenadoras.

Luis Aníbal y Adriana reflexionaron y se dieron cuenta que Luis tenía ya cierta adicción por los ordenadores, aunque mantenía la

idea de que la informática era fundamental para la época.

Luis continuaba en el estudio de su padre lleno de tristeza durante el cumplimiento de sus tareas escolares. Bastante introvertido, no desarrollaba la parte afectiva entre los compañeros, entre sus padres y su hermanita. Los sentimientos no se expresaban con facilidad. A veces, el padre le veía junto a las máquinas hasta la madrugada. A esas horas continuaba Luis con sus juegos educativos de voces sintetizadas.

El padre sorprendido aconsejó a su hijo. Le tomó en sus brazos y acompañado de su esposa le hicieron acostar.

Los padres se sentían preocupados llevando aquel frágil tesoro humano y mirando a la luz de las estrellas aquel rostro pálido con los ojos cerrados que dormía profundamente. El extraño temblor de una vida en primavera que sin motivo se iba anticipando a la inclemencia de una actividad tan importante. Luis Aníbal y Adriana como desgarrándose la angustia vertieron estremecidos suspiros de tristeza.

Al día siguiente, los padres analizaron la potencia de captación y aprendizaje que experimentaba Luis, ofreciendo respuestas, resolviendo problemas. Pero reflexionaron que Luis abusaba y se iba produciendo una dependencia total. Ese conductivismo impedía la creatividad. por tanto, era necesario que el trabajo no realice solo sino en colectividad. Convenían que en esa edad es positivo el aprendizaje, pero se requería lo efectúe acompañado de otros niños.

Un día Paola, vecina del barrio, se acercó a Luis y solicitó le ayudase a practicar en las computadoras. Paola era una niña de nueve años, cuyos padres eran amigos de la casa de Luis y ella en algunas invitaciones logró hacer amistad.

Luis aceptó pero indicándole que le ayudaría si sus padres le permitiesen. La contestación firme y seca en alguna forma alegró a Paola.

Días después, al conversar Luis con su padre, éste quedó maravillado y aprobó inmediatamente la idea. Adriana y Luis Aníbal se miraron...

- Nos conviene que nuestro hijo proceda no solamente con Paola sino con otros amigos, decía el padre.

- Con ellos iría terminándose la desconexión social que hasta entonces ha mantenido, añadió Adriana.



Pasaron los meses y Luis con seca voluntad enseñó a Paola cuanto sabía. Luego le convenció que traería a otros amigos con quienes podrían salir de la ciudad a distraerse y también les enseñaría a practicar en sus ordenadores.

- Bien, dijo Luis, organizaremos un paseo.

Paola quedó encantada.

El fin de semana decidieron trasladarse a una pequeña laguna distante de Cosmonia: Paola, Luis y sus dos amigos.

El día sábado muy por la mañana comenzaron el viaje. El camino era un sendero para una sola persona y lleno de árboles, piedras y zarzas

que debían esquivarlos a cada momento.

Pequeños puentes los cruzaron movidos por fuertes vientos hasta ascender a las montañas. Anduvieron considerable tiempo entre gritos, canciones, caídas y sonrisas. Luis estuvo sudoroso, el viaje le produjo alegría. La hoguera humeante, los árboles, el gorjeo de las aves, los leños satisficieron al espíritu de todos, principalmente al de Luis.

Después de participar de la belleza de la laguna y haberse servido pequeños pescados, decidieron regresar. Al pie del camino se veían obstáculos que animadamente los vencían. Al llegar a la ciudad, les sorprendió la puesta del sol. Se miraron todos felices y Luis invitó que fueran a su casa para enseñarles a experimentar en los ordenadores y computadores.

Paola visitaba continuamente a Luis. Los amigos, Andrés y Ramiro, invitados durante algunas semanas recibieron indicaciones acerca de la digitación en los ordenadores y programas. Entre manipulaciones y recreaciones continuas, Luis iba adquiriendo otros incentivos

exteriores ajenos a la obsesión por las máquinas. Más aún. antes el retraso en la escuela se transformó en actividad social y cultivo de espontáneas prácticas de expresiones y relaciones sociales.

El padre día a día comprobó que Luis ya no tenía ciertos trastornos nerviosos. Creció la confianza en sí mismo y la adicción a los ordenadores fue desapareciendo.

Luis, después de las labores escolares quería ver a sus amigos. Los ruidos de los árboles de su casa se fundían en las sombras y escuchaba voces distintas de las aves y a toda costa quería departir con Paola y sus amigos.

Luis, al ver sus máquinas, las acariciaba y practicaba de vez en cuando. Penetró en su mente algo embriagador. Atento y pensativo esperaba a sus amigos.

Cuando jugaba con ellos despertaba en él sentimientos amplios y cálidos y depuraba en cierto modo la atención a las máquinas. Se volvió solidario y le agradaba verse entre el agua, el aire y sus amigos.

Sus padres se maravillaron por el

cambio de su hijo. Cuando miraban al grupo de niños, escuchaban campanadas de alegría. Los cuadros amarillos y las escenas verdes que formaban los niños, semejaban finos tallos de flores trepadoras que se abrazaban en el más alto grado de amistad y unión.

Algunas veces que Luis bebía de la fuente del patio y miraba a sus padres, aquello era una fiesta y para los padres un regalo para el corazón. Si Luis practicaba en las máquinas lo hacía, no con la adicción anterior, sino había encontrado en sus amigos una luz nueva sobre la tierra verde abriéndose a los sueños más hermosos.

El corazón de Luis descubrió el amor en sus amigos. Los símbolos y figuras de las máquinas se transformaron en ventanas iluminadas desde donde salen sueños e ideales convertidos en alas eternas de amistad y calor humano.

# la quinta de los



**Bazurto**



La quinta donde vivía la familia Bazurto, pequeños comerciantes de sacos de lana, tenía la fama de ser pintoresca y atrayente. Los jardines, los huertos, el río y algunos animales, ofrecían al paraje alegría y animación.

Esta quinta estaba situada al occidente de la ciudad a unos tres kilómetros. Los esposos Amagada, habían hecho amistad con la familia Bazurto. Aquellos de vez en cuando eran invitados a la quinta. Juanita, la hija, ponderaba a sus compañeras de escuela acerca del lugar.

Daba a entender a María, su compañera de escuela, como sus horas en la quinta eran felices. Sí, realmente Juanita, se sentía diferente a la orilla del río, junto a los patitos, perros que cariñosamente le recibían y le acompañaban. Corría por los huertos y jardines, disfrutando del sol y del ambiente tranquilo. Cosa que no podía hacer en la ciudad.

**Tanto había ponderado Juanita sobre la quinta de los Bazurto que María íntima amiga de Juanita, se arriesgó a decirla:**

**- Juanita, invítame un domingo que tú vayas. Las dos podremos pasar mejor. Sabes que eres única hija y tus padres pasarán con los esposos Bazurto.**

**Tanta amistad tenían las dos, que Juanita le contestó:**

**- Sí. así sucede, mi madre me acompaña a ratos, por lo demás, las veces que he pasado allí, juego con el hijo del cuidador; pero él tiene que trabajar atendiendo a los animales y yo me quedo sola.**

**- Ruégale a tu padre que me lleve.**

**- Así lo haré replicó Juanita.**



**Transcurrieron algunas semanas. El padre de Juanita solicitó a los esposos Bazurto a raíz de una invitación que irían con una buena amiga de Juanita. Los Bazurto aceptaron.**

**Juanita y María, hicieron los preparativos para el domingo. Se despidieron el día sábado por la tarde, después de haber comprado algunas golosinas. Por la noche, los padres de María se trasladaron donde los esposos Bazurto a agradecerles por tomar en cuenta a su hija.**

**El día domingo muy por la mañana llegaron a la quinta. Nunca Juanita había visto tan hermosa. El sol ardía hasta en los bordes de las sombras que ofrecían los árboles. Las niñas corrían por los prados hasta dar con el río.**

**A la orilla. María recordaba de las lecciones que sobre el agua les había dado la maestra.**

**- Recuerdas Juanita, que la profesora nos habló sobre los surtidores y las aguas duras.**

**- No la entendí, decía, Juanita. Y cómo se explica eso de las aguas duras si toda agua es suave.**

**- Yo tampoco recuerdo, pero entendí que las aguas cuando tienen mucho calcio y magnesio, no disuelven los jabones y son peligrosas porque afectan a las**

**tuberías, máquinas industriales y calderas.**

**- Cómo puedes saber si son aguas duras?.**

**- No sé, pero decía la profesora que en las tuberías y máquinas se forman capas gruesas que no dejan funcionar.**

**- Habría que limpiarlas, replicaba Juanita.**

**- Sí. a fin de evitar esos problemas, decía que se debe ablandar el agua mediante sustancias como el silicato aluminico sódico; con este silicato desaparecen las sales y se ablanda el agua.**

**- María, ya has hablado bastante, vamos a aquella cueva.**

**Llegaron a la cueva. Al pie de la misma se alzaba la ladera como revestida de color esmeralda. Por la luz, el olor del agua y del aire, las niñas respiraban felices.. A veces desleían sus sueños mirando volar a las aves.**

**Antes de penetrar al interior de la cueva, Juanita, se asustó al ver algunas arañas que subían y bajaban**

**alrededor de un hoyo trabajado por algún ser humano.**

**- Aléjate Juanita le dijo su compañera.**

**- No, espera, no nos harán daño.**

**- He sabido que tienen agujones venenosos.**

**- No te asustes, insistió Juanita.**

**En esos instantes el paraje parecía incendiado. Las vibraciones luminosas en el azul del cielo formaban rayos fuertes que bajaban a besar la hendidura de la tierra verde.**

**Al contemplar al cielo, las niñas vieron descender una luz amarilla con tanta rapidez que la cueva se alumbró al instante. Ese vivísimo resplandor se transformó en una mariposa. Árboles, plantas, piedrecillas y el agua tenían por momentos un color rojo encendido, orlados los perfiles de amarillo intenso.**

**La mariposa habló balanceándose en una rama, muy cerca a las niñas. Ellas admiradas rasgaban el aire con sus ojos.**

- Hay miles de especies de arañas tejedoras que realizan grandes hazañas, no las toquéis. Son amigas las admiro y vosotras admiradlas también.

- Por sus cánulas escapa un líquido que en contacto con el aire adquiere solidez. Ellas fabrican hilillos delgados que jamás el hombre ha podido fabricarlos. Con ellos tejen sus redes y refugios, viviendas y trampas para insectos.

Mientras el sol reflejaba sus rayos en el río, la mariposa subió a la ladera perdiéndose luego por el campo.

Las niñas con honda sensación sobrehumana vieron en la cueva la implacable claridad descubriendo las arrugas de las sombras. A la entrada las arañas se desparramaban cautelosas.

Después de poco tiempo llegaron los esposos Arriagada y el señor Bazarro.

- Habéis llegado a la cueva. Pero antes de irnos al almuerzo, díganme por qué estáis tan asustadas, decía el señor Bazarro.

**Juanita entre dientes contestó relatándole las palabras de la mariposa.**

**- ¡Oh, sí las arañas! exclamó el señor Bazurto. No os asustéis. Las mariposas hacen fiestas de alas y colores. Nos ayudan a realizar nuestros sueños y desde lo alto con piadoso resplandor, conversan con nosotros.**

**María, un poco asustada, replicó:**

**- Señor Bazurto. ¿cierto que las arañas realizan aclmirables hazañas?**

**- Es verdad, María. Las arañas nos enseñan mucho. Ellas hacen obras de ingeniería. Calculan lo que necesitan fabricar en forma ordenada. Preven los puntos en donde quedan suspendidas las gotas de rocío.**

**- Esto si que es un misterio, añadía el padre de Juanita.**

**- Señor Amagada, es uno de los misterios que estudian los biólogos. La araña produce un hilo largo con sustancia pegajosa al extremo. Aprovecha la brisa y lanza el hilo hasta lograr que se pegue en un punto determinado. Cruza el**

punte, lo corta por el centro sosteniendo los dos puntos con sus patas delanteras, y con las traseras, construye un espiral uniéndolo a los extremos, hace andamios que luego los destruye.

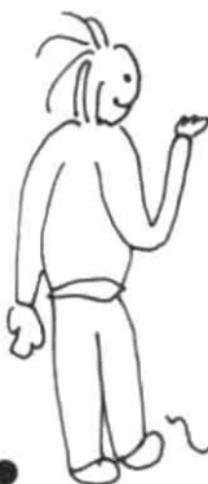
- Por qué las tiene en este hoyo a las arañas?, preguntaba Juanita al señor Bazurto.

- Las arañas me han enseñado a construir mis máquinas para confeccionar los sacos que vendo, decía el señor Bazurto. Además, nos ofrecen lecciones en la fabricación de textiles, inclusive, el hombre algún día, con estas lecciones aprenderá a resolver su problema habitacional en forma más rápida y técnica.

- Y ahora vamos al almuerzo, dijo el señor Bazurto.

Las niñas de regreso a casa y después en la escuela, iban tejiendo sus sueños con hilos de luz que la mariposa había puesto en sus ojos.

María y Juanita, al salir de la escuela, comenzaron a llevar a la práctica las enseñanzas de las arañas y las explicaciones del señor Bazurto.



**disco**

**de**

**luz**



El maestro Sergio, profesor del quinto grado, estaba en vísperas de exámenes. Con este motivo aconsejó a los niños repasar las materias. Terminadas las clases del día todos los niños se despidieron del maestro.

Al último se quedaron Pedro y José.

José, preguntó al maestro.

- Pedro y yo, no recordamos las causas artificiales de la erosión.

- Niños! Vosotros sois alumnos aplicados. Me admiro que me preguntéis, hace media hora habéis contestado correctamente. Sin embargo os lo diré. Pero antes solicito a Pedro me explique las causas naturales de la erosión.

Pedro sin bajar la cabeza, sonrió al profesor y dijo:

- Maestro, las causas son las siguientes: el viento porque con su fuerza levanta las capas de la tierra;

el agua que en pequeñas y grandes cantidades afloja las partículas: y...

- Y la tercera, pidió el maestro.

José y Pedro se miraron la cara...

Un tercer compañero que había regresado y escuchaba el diálogo, añadió.

- La falta de protección natural del suelo por medio de plantaciones.

- Correcto niño Saravia. replicó el maestro Sergio. Ahora voy a recordarles las causas artificiales. ¿Qué sucede cuando el hombre sin ningún control explota los recursos naturales? Tú José contesta.

- Sí maestro, la destrucción de los bosques facilita la erosión.

- Correcto. Añadiré otras causas: desprendimiento de tierras a los bordes de los caminos y regadío en dirección a las pendientes.

Los niños ruborizados corrieron a la calle.

Después de algunos días, José y Pedro, quedaron satisfechos de sus pruebas. Los padres tuvieron

conocimiento y decidieron premiarlos. Pero los chicos fueron donde sus padres con el fin de pedirles permiso para salir el día domingo después del almuerzo. Ante tanta insistencia, los padres consintieron.

Dicho y hecho. Salieron el domingo. Habían correteado en todas direcciones. Deambularon por los prados, alejándose cada vez más de la ciudad. Nadie parecía seguirles, ni preocuparse de los niños. No obstante el sinnúmero de correrías, se prendió en ellos el anhelo vehemente de continuar adelante.

Habían divisado un pequeño bosque y a él se dirigieron contentos y felices.

- Este es un sitio espléndido, decía José, nos quedemos aquí.

- Mira esa ladera, te gustaría ir allá. Muchas veces hemos venido a este lugar con el maestro, replicaba Pedro.

Era una tarde de sol. Cansados y sudorosos llegaron a la ladera. Andaron mucho trecho para llegar a la cumbre.

Grande fue la sorpresa de José, cuando movió el brazo de Pedro diciéndole.

- Qué extraña cosa de fuego cae al fondo de la ladera. José pudo observar apenas el reflejo. Quedó maravillado al ver como la vegetación se encendía. Era una hondonada en donde se movían algunas ovejas. Los árboles secos apenas daban sombra. A veces las aves revoloteaban y las chucas con sus ramas erguidas recibían el viento.

*Los niños bajaron hasta el lugar y cogieron a una tierna ovejilla que no había podido llegar. Amarráronla con cariño en el árbol más cercano, hasta dar con la madre. Mientras ellos se alejaban, la ovejilla quedó dando vueltas a su alrededor.*

Caminaron pocas cuadras y llegaron al lugar donde cayó el disco de fuego. Nada encontraron. Poco tiempo transcurrió hasta cuando vieron deslizarse a los pastores. Padre e hijo llevaban sus ovejas al redil.

De pronto el padre pastor llamó a los niños que corrían con dirección

a la salida. El campesino a grandes pasos les detuvo frente a la ovejilla. La desató y reconvino a los niños en tono airado, pues la ovejilla se había roto la patita. Los rostros de los niños y de los pastores se encontraron y hubo un momento de silencio. Completamente tristes José y Pedro, miraron a la ovejilla.

El viejo pastor encolerizado habló.

- Niños tendréis que reparar el daño que habéis causado.

El viento zumbaba en los rostros de los niños atemorizados. José se apoyó en el árbol. Refrescó sus labios con la humedad del aire y muy preocupado y nervioso pudo balbucir.

- Con permiso de nuestros padres decidimos salir de paseo y cuando llegamos a la ladera pudimos observar que caía en este sitio un disco de fuego. Por eso estamos aquí y no fue nuestra intención hacer daño a la ovejilla.

Los pastores pasearon la vista por la hondonada como buscando aquel extraño objeto. Al cabo de un instante el viejo pastor, sacudiendo a José insistió en que lo repararan

el daño. Y exigió le dejaran los sacos.

Pedro se dirigió con paso firme hacia el pastor y sacándose el saco ofreció regresar al siguiente día. José también procedió de la misma manera.

El niño pastor marcó a la ovejilla. La cubrió con el saco de José y en el acto, padre e hijo, abandonaron el lugar diciéndoles que les dejaban ir siempre que estén dispuestos a cumplir con la promesa.

Minutos más tarde los pastores arreando a sus animales entraban a la choza. Entre tanto José y Pedro, preocupados miraban desde la cumbre como se templaban los rayos del sol sobre los chaparrales. Siguiendo el rastro que habían dejado descendieron a la ciudad.

Tan pronto llegaron a sus casas, cada uno de ellos pidieron a sus hermanos que en forma tinsa y a escondidas de sus padres les trajeran otros sacos. Todo quedó arreglado. Aquella noche, pese al cansancio, ni José ni Pedro pudieron conciliar el sueño.

Al día siguiente, descompuestos

por la preocupación, poco rindieron en clase. El maestro Sergio, al darse cuenta del estado que atravesaban, preguntó.

- Qué les pasa niños!

Los ojillos de los chicos relampaguearon durante un segundo y quedaron con el gesto inexpresivo.

El maestro les llevó a la clase. Los niños relataron con punto y coma lo acontecido durante el paseo del domingo. No fue el misterio del disco de fuego lo que conmovió al maestro sino la preocupación y el estado de los niños.

- Y cómo habéis pensado arreglar lo de los sacos y lo de la ovejilla. Vuestra promesa de regreso es misión que debéis cumplir con prontitud.

- Así lo haremos dijo José. Pero necesitamos vuestra ayuda maestro.

- Esta tarde iremos después de las clases, no os preocupéis, añadió el maestro Sergio.

Los niños se alegraron. El maestro se sentó en su escritorio y los

chicos salieron a jugar en el patio.

El maestro Sergio, a las tres de la tarde envió a sus discípulos a las casas.

- El deber maestro! reclamaron los niños.

- Perdonen niños, había olvidado. Para el día de mañana deben explicar en sus cuadernos sobre la erosión y las formas de evitarla.

Acto seguido, el maestro y sus dos discípulos se encaminaron hacia la ladera. Durante el camino, el maestro se sentía abatido.

- Hemos sentido mucho por usted. Hacerlo caminar tanto, decían los niños.

- No se preocupen. El andar me hace bien. En mis buenos tiempos fui excelente deportista. Además, calculo que ya llegamos a la cumbre y podremos resolver los problemas con los pastores.

El maestro no sabía en donde se encontraba. Al descender, iba recorriendo una especie de laberinto de quebradas secas, perdiéndose en una maraña de

chaquiñanes. A poco rato se dio cuenta que brillaba la hondonada de un rojo encendido. Encontró algunas huellas humanas y muchas pisadas de ovejas.

- Nadie aparece por estos lugares. Cómo pudieron llegar hasta aquí, decía el maestro.

José y Pedro se miraron. Aquel pastor rudo, de voz bronca y grosero mirar no aparecía como lo había prometido.

El ambiente fantasmagórico y desolado inquietó a los niños. Cada quien pensaba en su interior con vergüenza frente al maestro.

- Tal vez los pastores tuvieron algún atraso. Ofrecieron estar presentes dijo Pedro.

José comenzó a gritar a los pastores. Los pájaros asustados se escondían entre las ramas de los árboles. Solamente el eco respondía y perdía en la ladera.

- Cálmate José, replicó el maestro.

Luego se levantó y fue acercándose con paso lento a la choza.

Vagos rayos de sol flotaban en la morada de los pastores y las herramientas oxidadas parecían no haber sido utilizadas durante años. Sobre las hierbas temblorosas que rodeaban la casa, las mariposas se perseguían.

Nunca le pareció al maestro la vida tan misteriosa. En aquel momento José le trajo una piedra rosada. La luz entraba suavemente al ocaso y el viento entre la vegetación zumbaba con agrio sudor del polvo campesino.

- Me parece que no hemos hecho nada niños. Debemos regresar a casa. Vuestros padres estarán preocupados.

Agrandando los pasos y tomando las precauciones consiguientes, empezaron a escalar la ladera. Antes de iniciar el descenso a la ciudad, se llevaron la sorpresa. En un costado les esperaban los pastores. El maestro anduvo lentamente con dirección al mayor de ellos y en tono pasivo expresó:

- Le hemos esperado gran tiempo en la hondonada y en su casa. Pensábamos que hubiese sido puntual a la cita con los niños. Soy

el profesor de ellos.

- Bueno profesor, espero nos disculpe. Hemos tenido que andar mucho trecho para entablillar a la oveja. No encontramos al curandero, por eso hemos llegado tarde.

- Los chicos quieren pagar el costo de la curación. Por lo mismo, están listos a conversar y decidir qué es lo que podemos hacer para llevar los sacos.

- No queremos dinero, replicó el pastor.

- Entonces, cómo podríamos resolver. Debemos apresurarnos, ya el sol comienza a esconderse, añadió el maestro Sergio.

De improviso intervino José.

- Señor, comprendemos Pedro y yo el desatino cometido con su ovejita. Voy a dar lectura de este párrafo que el profesor nos ha enseñado: "Quien destruyese, inutilizare, hiciese desaparecer una cosa o un animal, será severamente sancionado. Vosotros niños en todo momento, antes que hacer daño, estáis en el deber de cuidar las

cosas y los valores". Por lo que he leído, señor Pastor usted dirá cómo podemos reparar el daño.

Mientras tanto el hijo del pastor quedó intrigado y con toda curiosidad miraba los cuadernos y libros de José.

- Mire profesor, el día de mañana a las cuatro de la tarde volverán ustedes a contestar la siguiente adivinanza, replicó complacido y sonriente.

- Y cuál es la adivinanza, dijo Pedro.

En ese momento el hijo del pastor intervino.

- No padre, yo quisiera que me enseñen a leer así como lo hace José. Esa sería la condición.

- Se cumplirán tus deseos dijo el pastor a su hijo. Y vos maestro vendrás a la cumbre de la ladera todos los días a partir de las cuatro de la tarde que cae el disco de fuego a enseñar a mi hijo.

- No padre, quien debe enseñarme es José, expresó el niño pastor.

**- Imposible, contestó el maestro. José también está aprendiendo.**

**- Mirad vuestros dedos pulgares. Si no procedéis como mi hijo quiere, ese punto rojo que miráis en los dedos, seguirá creciendo y os producirá agudos dolores.**

**Sergio accedió con mucho recelo al pedido del pastor. Despidiéronse todos con la promesa de enseñar a leer y a escribir a Antonio, el niño pastor.**

**Después de un corto recorrido hacia la ciudad, el maestro y los dos niños iban mirando la señal roja que tenían en el dedo pulgar. Cerca de llegar el profesor dijo a los niños.**

**- José, tú serás el encargado de llevar adelante esta misión. Yo te indicaré cómo deberás enseñar a Antonio. Tan pronto llegemos iré a donde vuestros padres y relataré lo acontecido. Además, esto de enseñar es la acción más sublime. Pensad que el pastor es un niño que vive entre sombras, bajo los rigores del sol, el viento y las tempestades. No debéis desfallecer ante este compromiso. No podemos dejar al niño pastor que**

**envejezca en la soledad, el desamparo y sin saber nada.**

**Desafiaremos a lo imposible y lo sacaremos de la servidumbre hacia el porvenir que tiende a liberar a los que no saben. La educación es la resurrección perpetua del alma social que arremete conscientemente y llega a alcanzar la luz de la libertad.**



**Desde entonces José, algunas veces Pedro, días y meses, anduvieron alegres impartiendo conocimientos a Antonio. No importaron los sábados y domingos. El maestro Sergio indicaba a José cómo y cuánto tenía que hacer para enseñar.**

**Las letras y los números eran conocidos por Antonio. Lecciones de Historia y Cívica penetraban en su espíritu. Todos los días José informaba a su maestro cuánto adelantaba Antonio en las enseñanzas.**

**Cuantas veces el rostro de Juan, que así se llamaba el padre del niño pastor, reflejaba felicidad al**

comprobar que su hijo sabía mucho y departía con él tantos conocimientos.

Meses habían transcurrido desde que José enseñaba a Antonio. Una tarde volvió a mirar su dedo pulgar y encontró que aún no desaparecía el punto rojo. Nada dijo a su compañero y discípulo. Pocos minutos después divisó desde la cumbre de la ladera al disco de fuego que descendía detrás de la choza.

Tú sabes algo de aquel disco de fuego, preguntó José.

- Nada en absoluto, contestó Antonio.

Corrieron los niños a la choza y encontraron a Juan preparándose para salir.

- José, por favor, lávate las manos, indicó Juan. Y tú Antonio encámínale mientras yo regreso trayendo a las ovejas.

Así hicieron los niños y cuando José se despedía de Antonio dijo:

- Mira Antonio, me ha desaparecido el punto rojo del dedo pulgar.

- Son cosas de papá añadió triste Antonio. Pues faltaban dos días para despedirse definitivamente de su amigo.

Al cumplirse los dos días de plazo, vinieron los padres de José y Pedro y el maestro Sergio a la hondonada. Todos estaban presentes para el acontecimiento de Antonio. Rindió las pruebas. El maestro pidió a Juan le enviase al colegio. Accedió el padre jubiloso.

Antonio, luego de la ceremonia, abrazó a sus amigos y alborotado miró descender al disco de fuego. Todos observaron el disco lleno de luz. Juan corrió a recogerlo. Lo entregó a su hijo y subió al cerro. Pocos minutos después bajó con su amada. Pues ella acostumbraba arrojar el disco desde determinada altura como señal de que estaba lista para recibirle al viudo pastor Juan. Todos rieron y felicitaron al pastor.

El maestro Sergio y José invitaron a observar los trabajos realizados por Antonio en el campo. El niño iba explicando acerca de la erosión y sus causas e indicó las prácticas que había realizado con el objeto de evitar la erosión. Por un lado había

hecho cultivos en fajas con curvas de nivel, había formado capas protectoras sobre el suelo valiéndose de los residuos de cultivos, y sobre todo, había plantado y repuesto árboles en sus terrenos.

Sergio, el viejo maestro, felicitó a José depositando el disco de luz en su frente. Y con palabras suaves indicó que la luz y el amor se perpetuarán en esta casa.

El disco de luz brilló más en la frente de José. José compartió el disco con Antonio. Al pasar éste por la vegetación seca inmediatamente floreció. La ovejilla llegó a balar cerca de José y Antonio extendió los brazos, rodeó con ellos a las demás ovejas y el amor se prendió en los ojos de todos.

Antonio vestido como un rey erguía alegre a la puerta de la humilde choza. La luz resplandecía más, las ovejas movíanse en oro bruñido y en espirales amarillas, los gestos de la familia lanzaban miradas de regocijo. Toda la naturaleza parecía rendir homenaje al pastor. El disco de luz de su frente iluminó al arroyo lejano y el

cielo bebía el rostro de Antonio.

La luz y amor subieron a la cumbre de la ladera, y en ese punto, de esperanzas y deslumbramientos, sonreía la libertad.

- Qué intenso encantamiento. Hemos sido afortunados decía Sergio. Hagamos todos de esta acción un símbolo de virtud permanente. Allá en la soledad, en las regiones desérticas, donde el alma agoniza sin recibir la luz, allá gocemos y suframos, vayamos a derretir las nieves de las cimas con el sol de nuestro esfuerzo para que se baje el torrente de fuego hecho luz fraterna entre los hombres.

El maestro se sentó a descansar al borde del camino; en cambio José repetía estas palabras:

- Luz y amor subieron a la cumbre de la ladera y en ese punto de esperanzas y deslumbramientos, sonreía la libertad.



**alguien**  
**frente al espejo**

**D** repente ella sintió que le llevaban de su cuarto. Un gordo olor a quemado percibió hasta que iba desapareciendo poco a poco. Viento, sueño, dolor y multitud caían en sus ojos como mágico ondular de escamas, como elástico esqueleto lanzado del techo. Su centro nervioso arrojaba fuego y éste ascendía al cerebro. No podía llevar las manos a la frente; en vano ella era ola, fuego dilatándose...

La ligadura terrible le oprimía el cuerpo. Sus catorce años flotaban a contra luz con una palpitación acre, frente a la habitación gris que iba desapareciendo de su vista.

En la cuesta quiso decir algunas palabras. No pudo.

Quién le llevaba. Qué había hecho, por dónde estaba.

El viento caía en las sombras de los rostros.       Negros,       azules,  
crepusculares.

No los distinguía. Solo el hielo de sus manos cortaba su pensamiento. Al ritmo del viaje, sus ojos divisaban la alianza del cielo y los árboles. Quiso sobreponerse. Apretó la mano de alguien. Escuchó los pasos lentos y una pedrada en círculos llegó a sus ojos. No supo más. Parece que dormía. Parece que estaba muerta.

La gente regresó consternada. Uno. dos. tres, cuatro, cinco y tantos, por turno palmoteaban al hombre que arrugado deshacía sus gestos frente a las cosas de la habitación.

Era mejor salir. Pocos se quedaron ayudando a resistir el dolor o atufados por la curiosidad. Los objetos giraban como muñecos. La repisa vieja donde se veía la imagen de la virgen, había caído en el balde de agua.

Alguien cubierta de una manta negra, gesto roído por terror de escombros y huesos, la alzaba con abnegación entreabierta de beatitud, otro sentía la fuerza del impacto en la mesa, cuyas cenizas apretaban el suelo y las esquinas del cuarto por donde el silencio de manos heridas vagaba pesado.

**delator, terrible, amurallando los gestos de la dueña sumergida en lágrimas.**

**De pronto llegaron autoridades y periodistas: unos compulsivos, otros solidarios vieron y acodaron la angustia y el sobresalto por encima de los cinco sentidos. La poca gente que quedaba recibía un vientecillo húmedo en el filo de la mejilla y el gesto adquiría la forma de los platos rotos. A la distancia de unos treinta metros de la habitación, los niños reproducían cada movimiento limpiando el color ensombrecido del ambiente.**

**Pasó el tiempo y todo se volvió insensible.**

**Ese tiempo sacudíase en el espacio y se iba por los húmedos pasadizos de la memoria. Pintor, poeta, filósofo, llama celeste, galopaban preguntando y contestando al sol, a la penumbra, a las hojas caídas, al gusano que arrastrábase debajo de la hierba, a la estrella escondida en la fuente.**

**Como hipnotizada la sombra quedó mirándose en el agua. Su último barco pasó, la sombra sonreía. A veces descomponíase sintiéndose**

sola y elástica junto a la evasión de la estrella.

Después de que ella recobró el conocimiento, estalló la sombra. Vivía sola. No había dicho que le dejen salir al jardín cercano a la casa. Allí ella doraba a los sueños. Desde el árbol retrataba su melancolía debajo de la fuente. Sabía que en las noches pasaban seres cósmicos encendiendo su espejo y le dolía regresar a verlos. Sin embargo, se acercaba al espejo, salía a los corredores ayudada por su padre a quien suplicábale le trajera al médico.

Tantas veces había estado en la clínica estirándose de dolor por su pierna rota.

- Madre basta! ya no me insultes.

A veces se quedaba con las manos sobre el pecho palpando con sus ojos la oscuridad del techo.

Sentía miedo cuando después de arreglarse en el espejo le miraba con cariño a Pablo.

- No Pablo, no me toques.

- Mira al espejo y verás el cuerpo

**despedazado**

**Pablo mirándola alzaba la cabeza y encontraba el acantilado misterioso, donde el rostro de ella lavaba su último suspiro.**

**Era imposible contar con su amor. Ella en medio de nubes negras contemplaba seres en trance de muerte.**

**Quería sentir a su hermano niño entre sus brazos. Y sonreía frente al espejo estrechando su muerte. Retenía en el aire su cuerpo quemado. Ella necesitaba su gesto convertido en llamas. Despedazado. Lo sentía allí entre sus senos de crepúsculo.**

**Y así pasa en medio de tinieblas y distancias.**

**Fuera de nuestro mundo sonríe, llora y grita. Corre al espejo. Baja a la fuente intentando convertirse en aroma y transformándose en ciervo que escala las montañas. Un fuerte viento, a veces, corta su respiración. Se ciñe al árbol y deslumhra con sus gestos.**

**Ella con la sangre de gorriones flautistas, perseguida por la**

obscuridad. perturbada su hortelana conciencia recoge en las blancas islas del sueño el tabular terrestre limpiando las hierbas del huerto.

Esquiva al niño quemado por su culpa. Estira su rostro en el espejo. Sus ojos dan saltos de venados.

El cuerpo tiembla con los años. Ella está en el espejo mirando el cáncer de su alma. Los jeroglíficos en su cabeza ondulan sus gestos.

Ya no puede apretarse las sienes.

Sus manos esqueléticas apenas sacuden visiones.

Nadie puede encontrarla deteniendo su rostro en las aguas.

Nadie la ve palpitando en su terrible angustia.

Ella está sumergida en las nubes. Está mirando los abismos donde el hombre no puede llegar con sus fuerzas ni con su perfume que escala estrellas moribundas.



**E**n el corazón de la ciudad se abría la escuela como naranja fresca. Los niños chupaban su líquido dulce al compás de la algarabía. Espectáculo asombroso: el tiempo desplegaba a la mañana y a la tarde, su canción esplendorosa. El sol la mayor parte del año, besaba a los rostros infantiles o la lluvia acariciaba la luz rozando los cristales de las aulas donde los niños en lenta vibración entibiaban atentos y recogidos sus conocimientos elementales.

Qué días dulces! No parecían sino que el viento hubiera movido delicadamente las manos escolares como banderas blancas para contemplarlas escribiendo en el pizarrón del cielo el nombre de Luis, de Pedro, de Juan o de Ernesto. La altura de esos ojos conocían la jiba del maestro o el acento esperado de las mismas gargantas.



La escuela es un campo sosteniendo trigales verdes: por ahí rostros adheridos al juego toman un color rosado; los cuerpos que serpentean, no hay lugar que no conduzca al súbito rumor del viento que protege dócilmente a la armonía de los niños. Por allá, se veía a un niño aislado de los grupos juguetones, lejos del maestro que regaba agua a las plantas.

Sí. Ernesto diluía en la esquina del silencio. Tenía el rostro pálido, los ojos hundidos, el cabello alborotado. A veces, miraba inmóvil con un grato sentimiento de ternura y preparaba el vuelo a la distancia, otras veces, machacaba la tierra con sus manos flacas y largas buscando entre los poros un hoyo que guardaba su ensueño. De repente, su sonrisa tapaba el saco manchado y se iba a arrinconarse en las esquinas. Vestía camisa de cuello abierto a través del cual se apreciaba los huesos débiles. Al lado derecho del saco tenía varias manchas de tinta, su pantalón hacía resaltar las medias y los zapatos.

Pedro, su compañero, cogíale de la mano con sonrisa enrojecida. No podía resistirse. Ambos jugaban al "pepo" cargados de sensación

desconocida y haciendo crepitar las manos en las piedra. Ernesto reía cuando su amigo no podía alcanzar el objeto del juego. Pero se sentía feliz porque rara vez observaba regocijado a su amigo. Ernesto era distinto porque desaparecía en esos instantes su inseguridad y desconfianza.



Tres años de escuela y su corazón sobrecogido, a veces alegre... Acaso brotaba o florecía en su interior un resentimiento? Por qué no iba a jugar siempre con sus compañeros?

Espesas horas... Ademanos ligeros rodeaban su interminable misterio. En su casa, grandes muros anochecían en sus ojos. Solo la escuela repicaba en su alma. Llegaban las mañanas. En el corazón de la ciudad se abría la escuela como naranja fresca. Los niños chupaban su líquido dulce al compás de la algarabía.

- Corre Ernesto! Corre! Te veremos a las doce.

- Corre Ernesto! Por tí vendrá la

**criada. Cuidado con salir durante la noche.**

**- Corre hijo! Y el carro se perdía.....**

**Con ruido de motor en sus oídos entraba el niño. Atrás quedaba la distancia. Ernesto, recorriendo los visillos del recuerdo, regresó a mirar; solamente el grito unánime de su sangre recorría el lápiz del corazón y de sus manos los cuadernos. La costumbre sumergía su mente en el olvido.**

**El patio lleno de luz le recibía. Inalterable inquietud...**

**Sus ojos solitarios en la clase. La maestra y el maestro acariciaban sus cabellos y de la terrible paz del niño, alzábanse sonrisas.... sonrisas y sonrisas, como flores abriéndose para entregar su aroma a los cristales.**

**Entonces Pedrito, levantaba las manos y ambos corrían empinándose como ciervos matizados por ambiente celeste. Otras veces, paso silencioso se arrinconaba dejando sobre la tierra un hoyo que guardaba sus ensueños.**

**Ni las gracias de Pedro lograba traspasar la distancia ignorada de su horizonte. La frente baja de Ernesto retiraba el diálogo que en cabeza repetían la luz y el viento.**



**Adolescencia**

Tenía quince años, llegó tarde a casa como todos los días. El padre le castigó. Había luna en el cielo y ella iluminaba la calle húmeda dando un esplendor amarillo. Estranguló las ganas de dormir e hizo buches de trago con la niebla.

El muchacho tiembla de iras y dolor, sus ojos secos divisan las líneas firmes de la carretera. Decidió descansar en su suelo hinchado, parecido a cabezas humanas. El silencio recibía su piel y era un pozo de luz mortecina donde el miedo cortaba las venas y el rostro no quería mirar las estrellas.

El adolescente concilio el sueño y soñó en vivir en paz, comprando una isla, lejos de la ciudad. Llegó el día pero también el fantasma del hambre se movía en su estómago. La imagen del pan con coca cola parecía que se tambaleaba como si el aliento fuera una mancha licuada por el fuego, pero solo miraba insectos destripados.

Las tonterías de lugares comunes donde los amigos le ofrecían paraísos pasaban por su mente. Era inquietante el momento: árboles secos abiertos al infinito, carros, basuras, pasajes que conducen al juego de objetos quebradizos. El adolescente actuaba en el vacío, su rebeldía se arqueaba sobre la tierra que recogía la palabra anochecida.

El día engendraba sonrisas mientras en el gesto del adolescente se rasuraba el viento sacándose los restos de aquellas formas de azotar contra los jadeos de la piel de la tierra.

Y decidió salir del sector. De improviso miró un cráneo deshecho y cerca el esqueleto de un hombre. Posiblemente el ardor quimérico degolló los registros sentimentales de su espíritu. La certidumbre de su adolescencia parecía follajes encumbrados uncidos al recuerdo y a la hierba amable.

Anduvo en parábolas vertiginosas. Era un viajero obstinado que se alegró luciendo el terciopelo de la flor de las montañas. El tiempo borraba los ecos y sintió haber habitado muchos días sin ataduras

ni yugos. Seguía y seguía asimilando detalles ocultos al compás del rumor de las aves.

El agua fresca, las frutas y la comida que le ofrecieron en algunas chozas le sostenían, aunque se atragantaba sin sosiego; entonces, supo que existía el amor. Después de todo, tuvo algo con que llegar al fondo desde donde se miraba su imagen y la danza de las arañas semejante a una gimnasia colosal. Pensó en la solidaridad de las montañas, en el fervor del crepúsculo, en la gracia de la aurora y se alejó de las tercas fantasías luchando bajo el chorro incesante de la realidad.



El adolescente hubiera querido enseñar esas doradas tardes y los sufrimientos. Quería que el viento sienta el sollozo que arrullaba los pliegues de sus andanzas. "Lloré demasiado en las noches sin fondo. Vino el dolor acechante, subió por mi cuerpo, se deslizó por mis ojos hasta conseguir mi corazón endurecido. Pero no volverá a ocurrir y si esto ocurre, pensaré en los míos porque siguen siendo míos, porque me dieron mucho y sepultaré la abierta herida con una

fiel sonrisa"

Gestos de cansancio por ese tanto caminar. Sorprendido comprendió un día el resplandor de las montañas y pensó que ocultaban algún secreto. Decidió compartir la soledad suspendida a veces al filo de las rocas o en el valle reducido a las más mínimas sensaciones. Miró a los habitantes que traían consigo angustias y desesperanzas: pero discreto y lúcido, iba alimentando la existencia de panes luminosos.

Resolvió proseguir su marcha hacia el valle cercano a la ciudad. Su corazón Oprimido latía.... Después de haber dormido una noche entera como fantasma, siguió su camino... La muda inmensidad, el aire sofocante le acompañaron hasta que llegó al lugar en donde durmió la primera vez, cerca a la carretera. Atardecía y las aves solitarias, en rojo sin brillo, dejaban aletazos, mientras se ensombrecía el ambiente.

Concilio el sueño. Su ser cobró vitalidad. El dolor fue desterrado. La conciencia y una pacífica alegría lo sublimaban al verse en medio de la claridad del día. Sus manos tendidas parecían un fresco

amanecer.

Pensó en la ciudad y su agrio rumor de seres que incendian las sombras y manchan el aire; en tanto la eterna rebelión anestesiada complica las cosas. Las ratas y las bestias andan sueltas por las calles. La oscuridad observa sus propios fantasmas....

El sitio quedó en silencio. Alguien vestido de blanco se marchaba de una casa. En el ambiente quedó un aroma raro. La brisa evocó el efecto del azul del cielo. Entonces pensó en sus padres y sus hermanos. Oyó entreabrir la puerta y miró el pan y la leche para el desayuno. Escuchó, flotando en recuerdos los sonidos que llegaban desde la carretera. La puerta del cuarto de su madre le atraía así como los arranques inesperados de cariño.

El adolescente, se embarcaba en una nueva idea, combinando las experiencias y sumándose a las preocupaciones que inquietan a la juventud. La entonación vivencial del adolescente se relacionaba con la realidad y la aspiración de los pueblos.

"Aquí estoy con mi corazón

angustiado, con el sonido de la lluvia en los cristales. Estoy hecho para escalar alturas. Tengo la esperanza del perdón. En este camino estrecho sólo me resta una vasta aurora. Algún rato retiraré los insectos de las mesas burguesas. Una mañana descubriré mi aurora".

El adolescente envuelto en un ambiente de serenidad, sintió la tibieza de alguna ternura. Se hundió en la amable geografía llena de sorpresas y forjó ideales. Era su mundo diseñado para empezar. No precisaba cuanto tiempo se alejó de la ciudad. Su corazón latía como grillo que contorneaba su soledad.

Llegó al lugar donde miró el esqueleto. Alguien ocupaba el sitio. El tiempo se detuvo y el aire regocijado entró en su cuerpo. Oyó que ese viento empezó a sonar con mayor fuerza sobre los árboles. Sus manos frías y su mente acalorada no precisaban lo que acontecía. Le invadió un terror extraño y recordó el gesto desesperado de su padre buscándole. Su concentración aumentó al verse hundido en algo impenetrable. Acaso hubo un cambio de estado físico. Alguien estaba allí, no distinguía su rostro...



Era un viejo de grandes barbas y despejada frente, perfil majestuoso y color vino. Estuvo allí semejando a ciertos personajes de recia vitalidad que dicen fervientes jaculatorias. Se manifestaba inquieto y atraído por un soplo de infinito. Tenía la majestuosidad de Moisés y la concentración de Sócrates. Desde el rincón contemplaba el valle y a los transeúntes comunes. ¿Qué misterios guardaba su persona?

El sol clarificaba el sitio y los árboles desviaban la atención del anciano que con su mirada profunda observaba su alrededor. La serenidad del viejo blanqueó la angustia del adolescente. Visiblemente preocupado, el adolescente, abrió las manos y las extendió al viejo con esa ternura de agua y la sensación de conciencia desdoblada.

El viejo entregó una mirada de paz. de inconformidad y abnegación, cuajándose en sonrisa eterna. El adolescente con soplo de añoranza, sintió que su mente cargada de desvelos quería compartir con el anciano. Una disposición metafísica replegó las interrogaciones.

- Desde cuando andas explorando estos sectores, dijo el anciano.

- Señor he abandonado mi casa por algunas semanas. Mi comportamiento dejó mucho que desear, pero me encuentro arrepentido.

Sonrió el anciano y pensó que la ausencia seguía marchando con el mismo dolor de antes y que los padres también, sumidos en angustia, le esperaban.

- Tu fuerza creadora se está desperdiciando: respeto tus dudas y desconfianza, no tus ideales, con los cuales aseguraréis una sólida situación profesional y una satisfactoria vida familiar. Tu vida con la ayuda de tus padres, será interesante y agradable: tendrá sentido comunitario cuando tú seas valioso y ames a la familia y a la sociedad, expresó el anciano.

- Con mis amigos descubrí el egoísmo creciente, la mentira social, decía el adolescente.

- Debes reconocer la falta de proporción entre los objetivos que se marca a si misma la juventud y su capacidad científica y el carácter

**para la lucha por la existencia, añadía el anciano.**

**El adolescente quedó mirándole. Parecía que su mirada dulcificaba la ternura del padre de la casa. Los recuerdos aleteaban en la sombra del pájaro aterido en invernales horizontes.**

**- Debes prepararte con intrepidez. Así como tuviste valor para salir de casa, asimismo podréis prepararte. Los ideales frenéticos y los proyectos razonables, asistidos de fe los realizaréis con la ayuda de los padres. No quisiera que fueras conformista, replicó el anciano.**

**- Las personas maduras nos condenan. Tengo la impresión de que estoy instalado en la nada, a pesar del vigor, contestaba el adolescente.**

**- Pueden moverse en reducidos lugares los jóvenes, pero en lugares disponibles y con fuerza para seguir adelante. A nosotros nos falta enseñarles a utilizar esa fuerza.**

**Impresionados ambos, decidieron acercarse a la ciudad. Era el mediodía. El viejo conocía la casa del adolescente. Avanzó hasta la**

puerta, mientras el joven se limpiaba el rostro en el grifo de la esquina. El adolescente lo vio entrar, pero él se mantuvo parado y pensaba cuánto le costaba atravesar la calle e ingresar a su casa. Pálido y sacudido por un temblor de coraje permaneció instantes; le pareció demasiado pedir que lo perdonaren. Al fin llegó a casa.

Regocijados todos le abrazaron....

El padre estuvo más cariñoso que nunca: la madre con lágrimas en los ojos le ofreció sus brazos. Después de corto tiempo, Enrique, que así se llamaba el adolescente, preguntó por el anciano amigo y les relató todo cuanto había sucedido.

- No ha entrado nadie, dijeron los padres.

- Perdónenme, suplicó Enrique.

En los gestos y miradas del adolescente brotaba optimismo. Su sonrisa dolorosamente luminosa se dibujaba en las sombras de la ventana. El rostro más apacible, demostraba seguridad marcándose de total optimismo.

En la esquina de la sala se sentó

Enrique, echó la cabeza hacia atrás, luego de pocos segundos observaba la felicidad de sus padres y escuchó:

- Aquí la voluntad de un mundo nuevo se hará realidad. Enrique ha limpiado las montañas y está dispuesto a luchar porque su espíritu no perdió el camino.....

- Gracias, amigo anciano, repuso Enrique.

- Qué dices, replicó su padre.

Los padres se miraron, con ese peso de luz abatida y llena de rostros unidos.

Enrique, sintió el beso al amparo del regreso y en su interior vibraba el viaje afianzado en el gesto del Quijote y en el recuerdo de alguna muchacha que recogía los dolores de la erranza.

Siempre escucha Enrique el ritmo de los pasos del anciano por la casa y la casa se conforta, inclusive en los trances angustiosos. El recuerdo asociado a los júbilos, sigue pendiente de los árboles del tiempo o de las raíces enlazadas en los dominios del silencio.

*"El mito suscita en nosotros las corrientes indirectas de los sentimientos que nutren el pulso vital, mantienen a Jiote nuestro afán de vivir y aumentan la tensión de los más profundos resortes. El mito es la hormiga psíquica".*

*(Ortega y Gasset)*



*"Leyendas y tradiciones animan el espíritu infantil porque exaltan los fenómenos, organizan las relaciones sociales y las actividades de trabajo".*

*(ORV)*



*"Cada vez que un pueblo ha intentado reaccionar contra la influencia del mito y la leyenda en su vida espiritual, ha recrudecido una solapada defensa de esta etapa en mil y unas formas diversas" .*

*(Jesualdo)*



*" Tratar de destruir en el niño esa maravillosa capacidad mítica sería intentar con anticipación estúpida la más brutal de las mutilaciones. No debe perderla sin usarla primero, como el renacuajo pierde su cola después de jugar con ella en su infancia de charca; porque tal vez es necesario como tantas cosas que parecen inútiles".*

*(A. Casona)*



**Guagopolo  
y Yacu**

**H**ace muchos años, tiempo en el que no llegaban todavía los blancos. Al oriente donde vivían los Quitus. lugar en el que se levanta el Haló; allí, en sus faldas, había una pequeña población denominada Guangopolo. La gente adoraba al sol, cultivaba maíz, modelaba el barro y regaba sus plantas con el agua de sus manantiales.

Por ese tiempo el dios Pachacámag, ordenó a su hijo Jichay. cuide y ayude a su gente.

La compañera de Jichay se llamaba Yacu. tenía el cuerpo fresco, el rostro moreno y en su belleza se reflejaba la luz. De la fuente de agua surgía su belleza; era toda dulzura y su corazón daba consuelo. El pueblo vivía feliz trabajando la tierra y aumentando los frutos que alimentaban a sus habitantes.

Un día enfermó Yacu y los campos se volvieron tristes y pálidos. Los árboles y más plantas poco conversaban con ella. Jichay reunió

a los sabios, mientras el verano azotaba fuertemente.

Los sabios alzaron los ojos al sol, a las nubes, a las estrellas. Luego deslizaron sus manos por el cuerpo de Yacu y acariciaron su corazón. La delgadez de su rostro parecía fuente seca e iba envejeciendo.

Jichay apenado contemplaba alma adentro a su amada Yacu. Su alma dolorida caía como piedra sobre el campo y las hierbas.

La gente angustiada contemplaba a Yacu y a la tierra desolada. El amor por ella tenía la sensación de ruego y por las hendiduras, el aire hecho súplica mostraba su sonrisa dolorida.

May Yachag, el sabio, cuando cayó la noche estuvo solo con Jichay y Yacu, oyó en el pequeño estanque una ruidosa carcajada y tanto duró aquella que ascendió culebreando por las peñas. Era Tutapurig, el enemigo del día, el ladrón que perjudica durante la noche. De pronto, en medio de escandalosas carcajadas descendió alrededor de Yacu y arrastrándose con una cola enorme se perdió en el horizonte nocturno.

Arriba, en los peñascos la sombra de Tutapurig retumbaba... Abajo, en la planicie reinaba la inquietud y el sobresalto de la gente, sobre todo de May Yachag y Jichay. Hasta la soledad enferma saludaba con el viento nocturno y con el maizal que parpadeaba triste.

El sabio iluminado con los ojos de Yacu, dijo:

- Jichay traed todas las vasijas y las llevaremos al peñón.

El sabio ordenó, además, trasladar leña e hizo arder las vasijas. Cuando apareció nuevamente Tutapurig quemó su rostro con agua hirviendo.

- Llegará el amanecer y las auroras curarán a Yacu, añadió May Yachiag, el sabio.

Así sucedió. Pasaron los días y la gente feliz se dedicó a cultivar la tierra porque el agua regresó rauda a fecundar los campos.



Pasaron los años. Jichay y Yacu. amados por la gente del pueblo

eran felices. Yacu como fuente azul daba vida a los campos y Jichay regaba las sementeras y las cuidaba con amor y sacrificio.

Yacu. todos los días derramaba el agua sobre los prados que cubrían los declives. Mientras esto sucedía, llegó un día el mensajero del dios Pachacámag. Era Ku, ser sagrado, quien enfermo requería del cuidado de Jichay y Yacu.

Ku, a veces, centellaba un instante, revoloteaba aturdido, tornábase azul y gris. El frío enfermaba su cuerpo. Así pasaron los días y Ku se sentaba triste dispuesto a sufrir. Yacu le consolaba invitándole a preparar la tierra para la siembra.

- Nada le parece bien decía Jichay. Debemos llamar al sabio.

Por las tardes Ku miraba a lo lejos. El río le parecía oscuro y solo escuchaba el sonido del viento entre los árboles. A veces, se alegraba cuando el sol caía fuertemente en los arroyos.

May Yachiag, habló con Yacu y Jichay:

- Hay que encender fuego.

Traeremos la leña olvidada en el peñasco y la depositaremos en la planicie.

Ku necesitaba liberarse.

Al día siguiente, luego de la consulta al sabio, Jichay llevó a Ku al arroyo y le bañó. Después Ku estuvo tan cansado que se quedó dormido. Entre sueños y voces, sintió Ku que Yacu le ofrecía de beber. Calmó su sed pero volvió a entristecerse.

Mientras tanto el sabio encendió el fuego cerca del arroyo. Yacu le alumbró con su mirada y acarició a la flor roja del cacto. Sus hojas se retorcían hasta convertirse en fuego. Yacu las soltó en el agua de la fuente y las aguas mancháronse de rojo. Del rostro de Yacu cayeron lágrimas mientras Ku se alegraba al mirar la laguna encantada que hervía. En ella se bañó varias veces...

La delgada silueta de Ku se reflejaba en la fuente de agua pura que hervía. El agua medicinal le había curado. Ku alzó su cabeza con sonrisa de felicidad y todos quedaron maravillados.

**Las personas mayores del pueblo iban delante preparando el camino para que pase Ku. Los niños le seguían haciéndole fiesta. Junto a él iba Yacu, Jichay y el sabio, oyendo el sonido de la fuente. De vez en cuando regresaban a mirar el agua que reverberaba por los rayos del sol. Ku al ver al Haló sintió que alguien le llamaba.**

**Y desde entonces, al pie del Haló existe todavía Guangopolo que significa fuente sagrada de agua pura que hierve y cura las enfermedades.**

**Dicen los campesinos que se han multiplicado las fuentes de agua caliente y Ku, Yacu y Jichay cuidan eternamente las aguas; y, a veces, cantan desde el lugar donde crece la flor roja del cacto escondido en las quebradas.**



**GLOSARIO:**

**Jichay:** regador, el que suelta la semilla, el que riega, el que derrama agua.

**May Yachag:** sabio.

**Pachacámag:** el creador, el Dios supremo.

**Tutapurig:** que anda por la noche,  
el ladrón.

**Ku:** ser sagrado.

**Guangopolo:** población al pie del  
Haló que significa fuente sagrada de  
agua pura que hierve. **De Pwava:**  
fuente de agua pura; **Kir** Dios  
sagrado y **pulun ti:** hervir.



**el  
Secreto  
del  
Putzalahua**

# I

Allá por los años de 1538 a 1542 cuando la bravura indígena todavía conservaba en la memoria el sonido de los tambores de guerra y estaban frescas las huellas de Benalcázar y Alvarado, las gentes recorrían los campos palpitando en la inmensidad de sus valles. Cuando la sombra de Rumiñahui aún recorría los riscos de las regiones panzaleas, los indígenas invadidos de recuerdos, rodeaban el silencio escarmenando las nubes de los páramos o bajaban a las planicies donde antes defendieron su territorio abrazando cada tarde el tallo de maíz.

Desde que Luis Daza, oyó del Dorado, cuentan que muchos españoles llegaban a Latacunga. Seguramente por la fragante intimidad de la ciudad, sintieron lo suave de su piel de agua y amaron

las entrañas exprimiendo sus voces de cascadas. Midieron la estatura vegetal, viviendo empolvados de distancia. Y entre el ruido de los telares, vieron tantas veces, revolotear el traqueteo del desvelo en la sangre del crepúsculo.

Unos se establecieron en la ciudad, otros en los sectores rurales. Poco a poco solían intimidar a los indígenas preguntándoles sobre los tesoros escondidos. La codicia resonaba en la mente española y se extendía alzándose en los campos. En un principio ascendía suave culebreando por los eriales, otras, arrastrábase por entre las marañas dejando oír un fatigado sopor de incertidumbre. Las peñas no podían esconder el sudor aventurero donde quedaron dibujadas las sombras de seres que llevaron a cuestras sus ansiedades curvadas en los abismos.

Se sabe que al pie del Putzalahua, moraba una familia indígena descendiente de los Ati. Precioso sector éste que ofrece dos partes: una ostenta vegetación verde regada por arroyos donde los sembríos alegran las lomas y el monte: la otra alta, gris y monótona en cuyas brechas la vegetación

pobre pegada a las grietas, cubre los bordes de las peñas.

En aquel entonces, los descendientes de los Ati, ocupaban la parte elevada y Francisco Ruiz, uno de los primeros pobladores de Quito que se dedicara a la agricultura en Pomasqui, dejó a un sobrino Octavio Ruiz en Latacunga, quien se estableció en la región que hoy lleva el nombre de Belisario Quevedo.

## II

Octavio Ruiz, comenzó a trabajar. Las faenas agrícolas vinieron sucediéndose día a día. La casa cercada de sigses y de tapiales terrosos anunciaban el estallido del maíz y de otros productos que su tío habíale enseñado a cultivar. A poca distancia de la vivienda, corría el arroyo entre los matorrales. Los indios contaban a Octavio que en el arroyo se oían ruidos: pundos llenándose de agua, mujeres bañándose a las doce del día. piedras cayendo sobre el agua.

El hombre comenzó a sentir deseos de permanecer cerca al arroyo. Así

lo hizo. Llegaba siempre a sacudir su inquietud en el agua. Salía luego a trepar loma arriba poniendo su mirada al monte. En los chaquiñanes grises conversó con los indios y supo de luces que caían de noche sobre el monte, supo de la leyenda de los Llanganatis y tantas cosas extrañas que inquietaron al español.

A los pocos días, regresó al arroyo y cuando el sol de las doce del día se hubo hundido en las aguas, oyó un ruido a sus espaldas. Regresó sorpresivamente y sólo pudo observar el movimiento de las hierbas. Había en el aire una paz extraña. La voz del arroyo y la respiración del hombre fundíanse en el viento, mientras el gorjeo de los pájaros ascendía al barranco.

Al día siguiente vino Paylla, indio que ayudaba en las faenas del campo. Octavio le conversó detenidamente las impresiones que tuvo en el arroyo. Paylla le comprendió y dijo que los ruidos hacía una doncella hermosa, quien bajaba a bañarse en el arroyo. El español quiso que Paylla siguiera conversándole sobre aquella doncella, pero el indio silencioso se puso a trabajar.

Desde entonces Octavio Ruiz iba al arroyo a esperar a la doncella. Pasaron muchos días, hasta que sus ojos quedaron maravillados frente a tanta belleza. Lactapacarina. clavó su mirada y su sonrisa y cual gacela emprendió su carrera. Junto al arroyo quedó Octavio exangüe de emoción. Su corazón latía al compás del agua. Siguió sus huellas y solamente encontró el aroma de Lactapacarina, hecho caricia sensual.

Pasaron los meses y en la doncella quedó grabado el rostro del español. Desde el monte contemplaba el paisaje donde los rumores del arroyo sabían a amor. Los caminos cada vez se hacían cortos y por el horizonte limpio traspasaba la silueta de la doncella, según el capricho del corazón que día a día, iba hundiéndose en los ojos del aventurero.

Por las ventanas de la casa de Octavio, siempre llegaba la imagen de Lactapacarina. Pasaba al arroyo y fundíase con los rayos del sol en las aguas. Las sombras de los arbustos buscaban inquietar los labios de los amantes. Cuantas veces ella conversaba al español acerca del duho o silla de oro de

sus antepasados. Aseguraba que en el interior del monte y junto al duho había cántaros de oro. Octavio, tendido de espalda y oprimiendo la mano de Llactapacarina, pensaba ir a recoger esas riquezas.

Una mañana convenció Octavio a la doncella para que le llevase a desentrañar los secretos del monte. Ella le indicó que era difícil entrar y peor salir. Había que andar un gran trecho dentro del monte. Llactapacarina, miraba los ojos de su amado, dudaba a veces de sus palabras que tanto había prometido. A su mente llegaba el rostro de Paylla, nunca le había visto tan ceñudo. De improviso se apartó de Octavio y salió corriendo hacia el monte.

A los pocos días Llactapacarina, detúvose a mirar el arroyo y encontró al español completamente triste. Corrió hasta el lugar. Se abrazaron. Parecían hervir de pasión. En la fuente temblaba la luz y en las hierbas el viento echábase como si el cielo tocara la tierra. suspiró Llactapacarina y se sentó al pie del arroyo. Al fin balanceándose en los arbustos y con una mirada infinita

de ternura, como la de la brisa en los maizales, ofreció ir al monte.

### III

Así había resuelto Llactapacarina. Por la mañana subieron los jóvenes amantes, acompañados de los vientos cordilleranos. En las peñas se estampaba el polvo y en los caminos destacábanse las siluetas formando un haz de esperanzas cruzado por una red de impaciencia y de nervios. Abajo quedaban los sembríos de maíz como extendiendo sus tallos al cielo. Arriba, junto a ellos, las nubes desperdigadas iban corriendo al norte.

Llegaron por fin al pie del Putzalahua. Descansaron un momento mirándose preocupados unas veces, otras, sonreídos. Llactapacarina fue a situarse en lo alto de una piedra, desde donde contempló la casa de Paylla. No quería que nadie la viese. Entre tanto Octavio aprovechando que ella estaba mirando el horizonte, sacó secretamente unos granos de maíz. Llactapacarina, movió una

piedra. Una vez adentro comenzaron a recorrer un gran laberinto. Nada se decían los jóvenes. Solamente un aire frío quedaba en sus frentes. Ella se acercó a un rincón y sacó unas piedras, dejando un orificio desde el cual Octavio pudo ver el duho y los objetos de oro. De repente se oyó un ruido. Los amantes se colocaron al extremo del orificio y empezaron a salir del severo lugar en medio del polvo y las piedras. Por fin los rayos solares de la tarde, acariciaban los rostros juveniles. Llactapacarina se propuso mover la piedra y miró unos granos de maíz, continuó hacia el túnel, los recogió y salió. Cuando decidieron descender, la mujer arrojó los granos de maíz en el rostro de Octavio y desapareció a la carrera monte abajo.

El español regresó y orientándose por los granos de maíz regados en el laberinto pudo dar con el orificio. Lo traspasó. Detúvose frente al duho y comenzó a sacar los objetos de oro. El rostro no estaba pálido sino rojo de amapola en primavera. Volvió a escuchar el ruido que poco antes había oído con Llactapacarina. Un hombre se abrió al paso y sacudió los brazos

del español. En medio de la lucha, las piedras caían sobre el viejo duho. Los hombres pudieron salir pese al desmoronamiento. Paylla salió primero. Entre agudos dolores levantó la cabeza. El crepúsculo aumentaba el color de la sangre de su frente. Le brillaban los ojos moribundos. De pronto quiso entrar a sacar al español, pero se le borró la mirada y sólo oyó el hundimiento de las peñas. La tarde ardía como hierro fundido. El rostro de Llactapacarina parecía incendiado, sus lágrimas eran rojas y temblaban de sangrienta luz.

Desde entonces, dicen que Llactapacarina (amanecer de la comarca) sale por la mañana a rodear el monte cubierto de espesas nubes, consiguiendo borrar sus recuerdos con la lluvia que desde el Putzalahua cae al valle. Su imagen centellea unos instantes, y luego, se pierde en las ondas del aire.

Cuentan también que por la noche un ruido terrible resuena al pie del Putzalahua. Y que del arroyo sale al galope un jinete. Los moradores de la comarca durante el día suelen pastar a sus animales muy cerca del sector hundido que hasta ahora

permanece intacto. A la noche nadie se atreve a salir. Pues dicen que se escuchan continuos desmoronamientos. Las madres con sus hijos tampoco pueden acercarse. El "mal aire" les enferma y les produce la muerte.



**Piedra Pómez**

**voz suave  
de la entraña  
terrenal**

**L**as manos de Paxi tenían facultades raras porque él se alimentaba con corazones de luciérnagas. Todo cuanto tocaba lo transformaba en oro. Su facultad crecía y crecía. Pronto escasearon las luciérnagas. Pachacámag, preocupado y para librarlo del don que le entregara, le cogió de la mano y ordenó recorriera cuantas regiones secas estuvieran a su alcance por tierras de Cotopaxi.

Su mirada escrutadora tropezaba con las laderas, con valles y montículos que impasibles recibían a Paxi. De sus grandes ojos, surgían la energía tenaz de trepar cimas, bordear caminos, desafiar huracanes. Aquel ímpetu se arraigaba cada día más y más. Paxi, desesperado iba transformando agrestes territorios en colinas verdes.

Un día descansó al pie del monte por cuyos desfiladeros se alargaba una pequeña fuente: íntimo azul, frente a tanta roca. El cielo tenía

claridad lechosa. Y mientras descansaba, entró al monte Pachacámag.

La presencia de Pachácamag difuminó las hierbas secas y ordenó a Paxi cubrirse de arena. Desde entonces, esos lugares son ricos en piedra pómez: voz suave de la entraña roca, silencio tibio, alud y trinchera de la tierra sufrida, material hecho del sollozo de monte y de lágrima de piedra.

Mientras esto sucedía. Tanda esperó a Paxi al pie del monte. Descendieron al valle hechos lazos de piedra y corazones. Juntaron los rebaños que Tanda los apacentaba y abriendo ancho paso por entre las malezas llegaron al valle.

Lejos, muy lejos Yura. cuya alma tanto deseaba dar sombra, iba acercándose con humildad de jardinero. Ocurrió que Yura acogía a los rebaños y les ofrecía hojas y lugares donde descansar. Pronto los ojos de las ovejas resplandecían alegres. Todo era regocijo, mariposas de brillantes colores jugueteaban alrededor.

Entonces Paxi y Tanda, escucharon

a Yura que decía:

- "Soy cuna de las aves, reposo del viajero, rival del monte, casa o templo, abrigo o alimento. Tengo música, soy poder y evito ser tiranía. Tu luz. Paxi, alegra mi soledad, por eso aspiro el cielo y caliente a la muerte. Sobre mi piel. Tanda aplaca el hambre. El viento vertiginoso se pierde en mi cuerpo. Solo el trueno, a veces, con elástica carcajada me derrumba; y resucito en otras manos, aunque dividido sale de mi corazón oración impalpable".

Dicho lo cual, Yura, extendió sus brazos, acomodó tiernamente su aliento en el rocío y escuchó un susurro de infinito entre las ramas. Así marchó juntando la mansedumbre de la hierba, al sitio donde estaban Paxi y Tanda.

Y habló Paxi con suspiros de luz. Y tanda dijo que conservaba la vida. El ambiente causaba plenitud y melodía. Tres corazones desplegados latían. El azul infinito se desvanecía y la cabeza del monte reclinábase en la tierra perdiendo su aliento.

Al otro día, se vieron los tres: luz.

pan y techo. Lloró el azul del cielo, cayeron lágrimas, floreció cuanto existía y hasta los pájaros curaron sus heridas. De repente Paxi cesó de cavar y miró grandes piedras pómez. Con ellas hizo las paredes.

El valle estuvo poblado de aves y rebaños. Las plantas otro tiempo raídas, envolvíanse en capullos alrededor de las paredes. Yura construyó el techo, Tanda repartió el pan. Los tres seres divisaron al monte de boca enorme. Allá acudieron envueltos en la luz de Pachacámag.

Luz, techo y pan: esparcidos, escuchaban el salto del agua. Los demás, con sones de esquilas bailaban por los caminos. Hoy el cielo descifra la frescura de la hierba y una golondrina refresca los recuerdos guardados en las nubes.

Durante largo tiempo la roca pidió luz, el techo lluvia y el pan pidió multiplicarse. No fueron vanos los empeños. Cada mañana el hombre repasa su oración de esperanza y de optimismo. La tarea se mueve incesante, cada esfuerzo inventa un color nuevo y la fuente despide claridad.

**Paxi no abandona a la piedra pómez o cascajo. Tanda en migajas acaricia su piel que recibe silenciosamente las caricias que le depara su labor. La piedra pómez tiene los ojos tristes, parece estar dormida, soñando en las familias que cubren su desnudez con la respiración del viento y la sonrisa de un niño. No importa su vejez - silueta blanca- los siglos atléticos conservan su materia solitaria. A su alma le acompaña la soledad, las cosas diarias y el esplendor terrestre.**

**Luz, techo y pan: eterno fluir con ruido de agua nacido del deshielo del optimismo y la esperanza. Piedra pómez: hundido material, dolor oculto, risa constante de la tierra, escucha al sembrador y a la semilla, conservando la esperanza, entre la huella del colibrí y una mirada extra terrestre. Mirémosles juntos, pesando el aroma del pan en las campanas.**

**GLOSARIO:**

**Pachacámag: Dios supremo. El creador. Dios, el que conserva, cuida y rige el universo.**

**Tanda: pan**

**Yura: árbol**

**Paxi: luz, resplandor.**



**trono  
o altar  
de la luna**

Hacia largo tiempo que la gente vivía al pie del volcán. Era descendiente del sol y de Atahualpa. Llevaba lujosos adornos en el cuello para diferenciarse de los demás del imperio.

El valle era inmenso, verde, productivo. Los cereales y las frutas aumentaron. El agua abundante alimentaba la tierra. Raíces, alturas, aromas, árboles, reflejaban en el rostro de las gentes.

En medio de esa tierra transparente, desde el fondo del tiempo, salió la voz del monte y del cántaro. Se hincharon los crepúsculos con el viaje del cóndor, mientras la huella del colibrí señalaba la alegría de las flores. La gente retornaba a sus viviendas llevando en su mirada el afán del pájaro y, en sus manos, la abundancia de las mieses.

Un día el volcán habló con lenguaje de fuego. La piedra cautiva se

congregó en las viviendas. El ambiente misterioso abrazó a la gente y todo pasó como aire que atraviesa iluminando las colinas. Las sementeras recibían el amarillo incierto.

Las gentes hincadas subían y bajaban sus cuerpos en genuflexión. Con sus quejas ahuyentaban las furias del volcán. Hasta la harina del maíz palpitaba al mirar la tristeza de las ñustas.

Extraños gemidos infantiles se extendían entre ásperos montes. No era sino fría música diluyendo la angustia de los rostros pálidos.

Allá en los caminos y en las fortalezas se encendieron los fogones y se levantó el humo ceremonial. Los sabios maestros y estrategas, dialogaban con los caciques sobre el ruido del volcán: entre tanto, los demás ocultaban sus rostros en medio de penachos de multicolores plumas.

Los riscos con corazón de tambor recibían la ternura del viento y las aves. Volvió la tranquilidad, allí donde surgió una fuente o un árbol, se volvió a escuchar el lenguaje del trabajo y se divisó las arenas

infinitas llenas de frutos. La luz descubría silenciosamente los secretos.

Un día, en medio de una nube nocturna (puyu) llegó Quilla (luna) y el volcán doblegó su bravura en la red de sus sonrisas. Se multiplicó la gente por los contornos. Muchos ojos recorrieron collados donde el amor lucía resplandores. El cuerpo de Quilla consumíase sobre el cuello del volcán. Día y noche se fundieron entre palmoteos de luz y sombras. El infinito de la noche se hospedaba eternamente en la cima de luz para disolverse en la sangre del valle, después de acarrear suspiros del cielo y témpanos de hielo como si la inocencia repicara en los cántaros de barro.

Quilla, astro de la noche, se transformó en lámpara de la nevada cima.

Desde entonces los sueños se sellaron al compás del azul y del vuelo soberano del cóndor. Quilla es abrazo telúrico y altar vestido del labrador donde Pacarima (madrugada), gime en la danza equinoccial cargada de luceros.

La silueta delgada de Quilla se

refleja sobre la cima del volcán. La gente ve y esgrime su macana de intemperie para expresar el júbilo de paz.

Y cuenta la leyenda que el Cotopaxi desde entonces tomó su nombre reteniendo la imagen nocturna de la luna en su cuello. A veces, cuando Quilla viaja al infinito sobre puyu (nube), todo se estremece porque el "rey de la muerte" atiza el fuego de sus entrañas. Pero al regresar Quilla, la cima adquiere forma de mujer recostada alrededor del cuello del volcán. Su mensaje es de alegría y los rostros se lavan en manantiales azules.

La leyenda asegura que el Cotopaxi es trono o altar de la luna. Auroras y crepúsculos, aleteos de cóndores. Alfombras de nieve por donde andan azules infinitos. Coronas de viento y de nieve engalanan la frente de Quilla. Las aguas subterráneas danzan como doncellas sonriendo a las constelaciones.

El Cotopaxi, en medio de este altar vigila al hermoso valle, junto a Quilla. Nadie puede separarles. Solamente Pacarima calienta las heladas manos y les riega de azul-

amarillo. Ella con sus jinetes de oro inquieta la paz transparente del Cotopaxi.

|  
¡Qué cima tan llena de azul! Hasta el témpano sonríe cuando el infinito es portador de la aurora o la puesta del sol. Quilla desde el susto de tormenta prepara su sombra dilatada que resbala por la espalda del volcán. La guitarra del viento con su cuerda de luz lo entretiene.

Desde la cima un verdeoro abraza a las piedras de otros montes y las altas soledades se rinden a la brisa y al valle malva y verde, mientras Quilla con su sonrisa eterna calma la cólera escondida en las entrañas del Cotopaxi.

#### **GLOSARIO:**

Puyu : en idioma quichua significa nube

Quilla : en quichua quiere decir luna

Pacarima: en quichua significa madrugada.